

1167

J. LOPEZ PINILLOS
(PARENTO)

EL CAUDAL DE LOS HIJOS



EDITORIAL GALATEA.
MADRID

EL CAUDAL DE LOS HIJOS

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norwège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

^{ose}
J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

1875-1922

EL CAUDAL DE LOS HIJOS

Drama trágico en tres actos
estrenado en el teatro de la Princesa el 10 de diciembre de 1921.



COPYRIGHT BY J. LÓPEZ PINILLOS, 1921

EDITORIAL GALATEA

GRAN VÍA, 16

MADRID

1921

OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)

TEATRO

El vencedor de sí mismo. (Drama.)

Hacia la dicha. (Comedia.)

El burro de carga. (Comedia.)

La casta. (Comedia.)

El pantano. (Drama.)

Nuestro enemigo. (Drama.)

La otra vida. (Drama.)

A tiro limpio. (Comedia.)

Los senderos del mal. (Comedia.)

Las alas. (Comedia.)

Esclavitud. (Drama.)

Caperucita y el lobo. (Comedia.)

La red. (Drama.)

El condenado. (Drama.)

Como el humo. (Drama.)

La tierra. (Tragedia.)

El caudal de los hijos. (Drama.)

NOVELA

La sangre de Cristo.

Doña Mesalina.

Las águilas.

Frente al mar.

Ojo por ojo...

Cintas Rojas.

El Luchador.

PERIODISMO

Hombres, hombrecillos y animales.

Lo que confiesan los toreros.—Pesetas, palmadas, cogidas y palos.

Los favoritos de la multitud.—Cómo se conquista la notoriedad.

Vidas pintorescas.—Gente graciosa y gente rara.

En la pendiente.—Los que suben y los que ruedan.

A MARIA GUERRERO

GLORIA Y ORGULLO DE LA ESCENA ESPAÑOLA,
CON CARIÑO Y ADMIRACIÓN

REPARTO

PERSONAJES

ARTISTAS

ACTO PRIMERO

ISABEL (35 años).....	María Guerrero.
OROSIA (37 años).....	Mariana Larrabeiti.
DON AGUSTIN DE ZÁRATE (36 años).....	F. Díaz de Mendoza.
JAVIER GONZAGA (18 años).	José González Marín.
GASPAR (37 años).....	M. Díaz de Mendoza.
DON MACEDONIO (48 años)	José Capilla.
PACIANO (39 años).....	Angel Ortega.

ACTOS SEGUNDO Y TERCERO

ISABEL (50 años).....	María Guerrero.
MARTA (22 años).....	Josefina Díaz de Artigas.
OROSIA (52 años).....	Mariana Larrabeiti.
CANDELARIA (25 años)....	Amalia Ferriz.
DON AGUSTIN DE ZÁRATE (51 años).....	F. Díaz de Mendoza.
RODRIGO DE ZÁRATE (24 años).....	F. Díaz de Mendoza y Guerrero.
JAVIER GONZAGA (33 años).	José González Marín.
DON MACEDONIO (63 años).	José Capilla.
PACIANO (54 años).....	Angel Ortega.

Puede la acción desarrollarse en cualquier pueblo de España.

Carlos Miralles

ACTO PRIMERO

Estancia que sirve de comedor, despacho y sala de recibir, en casa del rico labrador don Agustín de Zárate. Hay una puerta a la derecha que da a las habitaciones de los criados, y otra mayor, a la izquierda, que pone en comunicación con la parte más señorial del edificio. A la izquierda también, en segundo término, se ve el arranque de una escalera cuyos peldaños son de mármol. Otra puerta y dos anchas ventanas rompen el muro del fondo, y dejan que descanse la vista sobre el verdor de un lozano huerto que se esponja bajo el rubio sol de Abril. Los muebles, que son de caoba, recios y de una elegante sencillez, relucen de limpios. A la izquierda, frente al vasto aparador, cautiva las miradas un magnífico bargueño, coronado por unos jarrones de Talavera llenos de claveles.

OROSIA, que acaba de poner en su sitio los sillones, después de limpiarlos, va a retirarse, cuando entra por la izquierda GASPAR.

La criada es una pobre criatura que parece vieja sin serlo, y que mira, habla y se mueve con timidez.

Gaspar, rollizo varón, ágil y suelto de movimientos, tiene el perfil de una energía agresiva, los labios delgadísimo y los ojos audaces. Lleva garbosamente un traje bien cortado.

GASPAR

¡Hola, pimpollo!

OROSIA

Riéndose.

¿Es a mí?... Buenos días, señorito Gaspar.

GASPAR

¿Te sorprende que te salude?

OROSIA

Lo que me sorprende es la manera. Por más que a cá uno le da Dios su carácter, y usted sigue con el que tenía y hace bien. ¡Mire que llamar pimpollo a una vieja como yo!...

GASPAR

¿Vieja, y tienes mi edad?

OROSIA

Pero, como he perdido el jugo... En cambio, usted... Anoche, al verle con tantísima juventú, me dije, díjeme: «¿Será que la luz eléctrica te engaña?»

GASPAR

Sonriendo.

Y te engañaba.

OROSIA

Si, si... En diez años ha ido usted pa atrás, en vez de ir pa adelante.

GASPAR

Gracias, chiquilla.

Cortando la conversación, que Orosia, a juzgar por sus risotadas, quiere seguir.

¿Y tu señorito?

OROSIA

En el huerto le encontrará partiendo leña. Es un ejercicio que hace pa que le caiga bien la comida.

GASPAR

La señorita no madrugará.

OROSIA

Poco. Si han dao las nueve, ahora estará levantándose.

Entra ISABEL por la izquierda. Es una mujer de rostro aquilino, voz apasionada, ojos penetrantes y entrecejo voluntarioso. Viste con la sencillez y la severidad de esas rígidas señoras de pueblo que, desengañadas o aburridas, se empeñan en marchitar los restos de su juventud.

ISABEL

Sonriéndose.

No han dado las nueve y ya está levantada, Orosia. Antes de que termines tú. ¿Has descansado, Gaspar?

GASPAR

Con la voz ligeramente alterada.

Por lo menos, he querido descansar.

OROSIA

¿Arreglo el dormitorio?

ISABEL

Naturalmente, mujer.

Sale Orosia por la izquierda, y Gaspar se aproxima rápidamente a Isabel, que retrocede amedrentada.

GASPAR

Con la voz temblorosa.

Isabel...

ISABEL

Conteniendo su emoción.

No te acerques, no levantes la voz, habla sonriendo... Puede entrar alguien.

GASPAR

¿Quién ha de entrar?

ISABEL

¡Nos pueden ver desde el jardín!...

GASPAR

Temblando de pasión.

¡Quiero abrazarte, Isabel!

ISABEL

Demudada.

¿Te has vuelto loco?

GASPAR

¡Quiero abrazarte! ¡Merezco abrazarte! ¡Son diez años los que he vivido pensando en este momento!

ISABEL

Con amargura.

¡Diez años!... ¡La flor de mi vida!... ¿No ganaría ya muriéndome con la cadena al tobillo?

GASPAR

Dolorosamente.

¡Isabel!

ISABEL

¿No has visto mis canas?

GASPAR

Yo no puedo ver tus canas.

ISABEL

¿No has visto que no brillan mis ojos?

GASPAR

Intentando abrazarla.

¡Porque hoy no se han mirado en los míos y porque antes han llorado mucho por mí!

ISABEL

Rechazándole con más temor que severidad.

¡Van a sorprendernos!

GASPAR

¡Isabel, mi alma!

ISABEL

Enérgicamente, pero sin acritud.

¡Olvidas que estoy en la casa de mi marido!

GASPAR

Es cierto. Estás en su casa... todavía. Todavía tienes en el tobillo la cadena. Pero ya la puedo romper, y para romperla he venido.

ISABEL

Con tanto miedo como alegría.

¿Vienes por mí?

GASPAR

Reconviniéndola amorosamente.

Si no viniese por tí, ¿habría vuelto? *Con una sombra de temor.* ¿Te pesa, quizás? ¿Tan endeble nació tu cariño que ya se ha muerto?

ISABEL

No se ha muerto.

GASPAR

Y queriéndome, ¿has cambiado de parecer?

ISABEL

Entre cariñosa y altiva.

¿Cambian las mujeres como yo?

GASPAR

Apasionadamente.

¡Mi alma! ¡Mi alma! ¡Mi alma!

ISABEL

¿Otra vez? ¡Sepárate, por la Virgen!

GASPAR

Oprimiéndole la mano.

¡Un beso en la mano!

ISABEL

¡Suéltame, Gaspar!

GASPAR

¡Nada más que un beso en la mano!

ISABEL

Con pavor y rechazándole violentamente.

¡Agustín!... ¡Nos ha visto!

GASPAR

Dominándose instantáneamente, espoleado por el riesgo.

¡Quieta! ¡No te alejes ahora de mí! ¡Ten serenidad!

ISABEL

¡Nos ha visto!... ¡Va a entrar!... ¡Nos ha visto!

GASPAR

¡No importa! ¡Calma! ¡Puedo darle una explicación! ¡Y no mires hacia el jardín y vete!

Notando que vacila.

¡Vete, o nos perdemos!... ¡Sin prisa, valientemente!

Sale por la izquierda Isabel, y Gaspar, de espaldas al jardín y con una entereza imperturbable, aguarda, encendiendo un cigarrillo. Al entrar, por el fondo, PACIANO, seguido por DON AGUSTÍN, que empuña una recia hacha, se vuelve hacia ellos, sonriendo con amabilidad.

Los que, por la inexpresión de su rostro y la indómita fiereza de su mirada, creyesen a don Agustín un ricacho agresivo y vulgar, rectificarían, si eran buenos observadores, al notar en ciertos momentos la aguda firmeza de su lenguaje y el frío tesón de sus ojos. Como estaba trabajando en el huerto, trae la camisa desabrochada y las botas sucias de tierra.

Paciano es un campesino de mucho hueso, escasa carne y menos palabras. Luce el traje de los días solemnes y anda con precaución para no hacer ruido con las espuelas.

DON AGUSTÍN

Disimulando el recelo.

Qué, ¿peleabas con mi mujer?

GASPAR

Risueño.

¡Ah! ¿Nos has pescado?... Pues sí: peleaba con tu mujer para no pelear contigo; pero, como me ha derrotado, tendremos ahora que vernos las caras.

DON AGUSTÍN

De un modo ambiguo.

¡Caray!

GASPAR

Y ve con cuidado, porque a ti no te permitiré vencerme; a ti te obligaré a tomar el dinero que Isabel ha rechazado en tu nombre.

DON AGUSTÍN

Perplejo.

Que me aspen si sé por dónde vas.

A Paciano, que los escucha mirádoles con timidez.

Entra en la cocina y espérame almorzando. Luego ajustaremos cuentas.

PACIANO

Lo que usted mande, señorito.

Sale por la derecha.

GASPAR

De manera que ¿no sabes por dónde voy?
¿Tan desinteresado eres?

DON AGUSTÍN

No te entiendo.

GASPAR

¿Ya no te acuerdas de que empecé a trabajar
porque tu padre, al morir el mío, me dió cinco
mil duros?

DON AGUSTÍN

Súbitamente tranquilizado.

¡Ah!... Pues no. Ni me acordaba, ni quiero
acordarme.

GASPAR

Eso es igual. En tomándolos... *Saca un cheque
de la cartera.*

Ahí va el cheque.

DON AGUSTÍN

Si yo no te di ese dinero...

GASPAR

Pero es tuyo, porque has heredado al que me lo dió.

DON AGUSTÍN

Al que te lo dió. Tú mismo dices que te lo dió.

GASPAR

Pero añado que lo acepté en calidad de préstamo. No insistas, porque no me convencerás.

DON AGUSTÍN

Sonriendo friamente.

Don Orgullo.

GASPAR

Con una soberbia desdeñosa que no consigue ocultar por completo.

Conformes. «Don Orgullo». Pero, llámame «Don Dinero» también.

DON AGUSTÍN

¿Tanto has ganado?

GASPAR

Lo suficiente para tener más duros que tú céntimos. ¿Cómo me voy a quedar con una pequeñez que te devolvería aunque estuviese en la miseria?

DON AGUSTÍN

¿De tal modo te dolería ser mi deudor?

GASPAR

Dolerme, ¿por qué? Pero—valga la franqueza—me molestaría. Agustín, cada uno tiene su carácter.

DON AGUSTÍN

Cada uno tiene su carácter, Gaspar.

GASPAR

Metiéndole el cheque en el bolsillo.

Vamos, guarda esas pesetas..., y no me mires con indignación. Ya sabes que en mí hay más defectos que víboras en un pinar.

DON AGUSTÍN

Con socarronería.

Don Orgullo, don Orgullo. En fin, me resignaré. Y no hablemos más de la cuestión. ¿Paseamos un rato?

GASPAR

Mirando su reloj.

Imposible. ¿No te anuncié anoche que venía sólo por unas horas? Ya debía estar aquí un «auto» que alquilé para que me recogiese.

DON AGUSTÍN

¿Un automóvil, y a las cinco de la tarde pasa el tren?

GASPAR

Pero, como he de embarcarme a esa hora en un vapor donde llevo quinientas mil pesetas empleadas en aceite...

DON AGUSTÍN

Sin disfrazar su desdén.

¡Válgame Dios!

GASPAR

Con ironía.

¡Qué quieres! Soy ambicioso, y me gustaría juntar más onzas que uvas hay en tus viñas. ¿Me desprecias por mi ambición?

DON AGUSTÍN

Te compadezco al ver lo que te roba.

GASPAR

¿Y qué me roba? ¿La dicha de vivir en este aduar?

DON AGUSTÍN

En este aduar enterraron a tus padres y naciste tú.

GASPAR

Sí, sí... Y plantaron arbolitos nuestros abuelos; y nuestras abuelas y nuestras novias comentaron, con suspiros o con risas, los dobles y los repiques de las viejas campanas; y a nosotros, en la feliz edad en que se goza deshaciendo los faroles a guijarrazos, nos enseñó a leer un odioso gorila que a ti te parecerá un anciano venerable.

DON AGUSTÍN

Entre piadoso y despreciativo.

Eres el mismo, Gaspar.

GASPAR

Pero, ¿hay quien varíe?

DON AGUSTÍN

Como si no hubiese escuchado la pregunta.

Y nunca serás dichoso.

GASPAR

Con una punta de malicia.

Tal vez te equivoques. Si, sólo con la esperanza de conquistar lo que ambicionaba, lo he sido, hoy, que lo he conquistado, ¿no lo voy a ser? Te repito que tal vez te equivoques.

DON AGUSTÍN

Con sinceridad.

Y yo te juro que no me dolería la equivocación.

GASPAR

Riéndose.

Pues tendría que ver. *Volviendo a mirar su reloj.*
Y me voy. Quiero hacer algunas visitas para que
no me llamen todos «Don Orgullo», como tú.

DON AGUSTÍN

Ve con Dios, hombre.

GASPAR

Quédate con él.

*Sale por la izquierda Gaspar. Don Agustín
guarda el cheque en la cartera, después de
leerlo; coge el hacha para salir y, cuando se
va a marchar, le sorprende JAVIER.*

JAVIER

Alegremente, desde el jardín.

¿Se puede?

DON AGUSTÍN

Disimulando su contrariedad.

Se puede. Entra, pájaro.

*Y entra el «pájaro» con el aplomo de un curti-
do truhán, sin darle la menor importancia a
la vejez poco limpia de sus arreos y sin re-
parar en la indiferencia con que se le recibe.*

JAVIER

Sacudiéndole la diestra.

¿Qué tal, don Agustín?

DON AGUSTÍN

Engordando en este rincón. Tú no engordas. Pronto pesarás menos que los galgos de tu tío.

JAVIER

Como que llevo una vidita... Pero no se asuste, que aún no le voy a pedir nada.

DON AGUSTÍN

Imperturbable.

Haces bien. Siempre desagrada pedir. Pero, siéntate, hombre. ¿Quiéres tomar algo?

JAVIER

Gracias, don Agustín.

DON AGUSTÍN

¿Café?

JAVIER

No. Muchas gracias.

DON AGUSTÍN

¿Ni un pitillo habano?

JAVIER

Venga, por ser habano.

DON AGUSTÍN

Después de encender el suyo calmosamente.

Ahora te enseñaré el huerto.

JAVIER

Riéndose.

Vaya una plancha.

DON AGUSTÍN

Sorprendido.

¿Mia?

JAVIER

No, hombre. Una plancha de las que yo moldeo a diario; de las que me acreditarán. ¿Qué me ha dicho usted? Usted me ha dicho, con la

misma tranquilidad que si tuviésemos el honor de jugar todas las tardes al tute, que me siente, que tome café y que fume.

DON AGUSTÍN

Y que, pronto, pesarás menos que los galgos de tu tío, Javier.

JAVIER

Justo. Y yo esperaba que usted, con asombro o con curiosidad siquiera, me preguntase: «¿Qué es eso?... ¿Cómo tú por aquí?... ¿A qué vienes?»

DON AGUSTÍN

Con socarrona seriedad.

Pues no te disgustes, muchacho. «¿Qué es eso? ¿Cómo tú por aquí? ¿A qué vienes?»... Ya estás servido.

JAVIER

Con gracia.

«Se las trae» usted, don Agustín.

DON AGUSTÍN

Y tú te las llevas. Pero, ¿es que te imaginas que ignoro a lo que vienes, gorrión?... Sino que no conmooverás a don Atilano.

JAVIER

Yo no pretendo conmoover a mi tío. Yo no volveré a mellar mi limpio sable en su asqueroso portamonedas.

DON AGUSTÍN

¡Canastos! ¿Sacas ya tu comida de las profundidades del tintero?

JAVIER

No. Saldría tan negra y tan amarga, que he decidido cambiar la pluma por el bisturí. ¿Qué le he de hacer? La fuerza triunfa siempre, y don Atilano es la fuerza.

DON AGUSTÍN

Mi enhorabuena. Serás un médico excelente... y heredarás a tu tío.

JAVIER

¿Conque excelente?... ¿Sabe usted de qué manera comentó Voltaire la decisión de recetar adoptada por Federico el Grande, que, acorralado por la coalición, manifestó entre sus íntimos que renunciaría al trono para vivir modestamente ejerciendo la Medicina?... Pues la comentó con estas dos palabras: «Siempre asesino». Si usted fuese Voltaire, ¿qué diría de mí al percartarse de que el heroico rey de Prusia habría recetado con más sabiduría y más conciencia que yo? (1).

DON AGUSTÍN

Conquistado por la frescura del mozo.

Oye, oye, Javierito. ¿Y ejercerás aquí?

JAVIER

Mientras no llame Dios al hermano de mi madre... Pero le llamaré pronto, porque su misericordia es infinita y no querrá destruir a este

(1) Javier, que ha leído a Chamfort, no ignora que la cáustica frase no es de Voltaire; pero se la cuelga porque es digna, por su gracia y por su desenfado, del autor de *Zadig*, y porque, atribuyéndosela a él, parece más desenfadada y más graciosa.

pueblo con dos plagas tan terribles como las escrituras de don Atilano y mis recetas. ¿No cae en cómo nos llamarán en tanto que yo ejerza y él aliente?... «La bolsa y la vida». Porque a los que arruine el digno usurero, los asesinaré yo.

DON AGUSTÍN

Eres listo, Javier.

JAVIER

Con una cómica gravedad.

Gracias, don Agustín. Todos los que tienen talento, como usted, lo reconocen.

DON AGUSTÍN

Lo digo porque he adivinado el objeto de tu excursión. Tú vienes para notificarle a don Atilano que terminarás la carrera sin recurrir a su bolsillo..., seguro de que semejante notificación le matará de alegría.

JAVIER

Es una idea, don Agustín; una portentosa idea que utilizaré. Pero no vengo a eso.

DON AGUSTÍN

Entonces, ¿cuál es el motivo de tu viaje?

JAVIER

Triunfante.

¡Gracias al Señor! ¡Pues no tenía yo pocas ganas de que me hiciera esa pregunta para responderle que se lo voy a revelar... precisamente porque a nadie se lo debo revelar!

DON AGUSTÍN

Calla en tal caso.

JAVIER

¿Para que se me indigeste el secreto?... Mejor que yo un secreto, conservaría el agua una olla sin fondo. Y allá va: me trae aquí el ansia de conocer a la protagonista de una novela. A la protagonista. Fijese. Al protagonista le conozco ya. *Después de una pausa.* ¿Que quién es?

DON AGUSTÍN

¿También deseas oír esa pregunta?

JAVIER

Para dejarle a usted boquiabierto de asombro con la contestación. Porque el protagonista es nada menos que don Gaspar Orduña, nuestro riquísimo paisano.

DON AGUSTÍN

Con vivo interés.

¿Gaspar?

JAVIER

¿Se ha asombrado, o no?

DON AGUSTÍN

¿Gaspar, protagonista de una novela?... Estás chiflado, hijo.

JAVIER

Chiflado, él, que va a cometer la chifladura de llevarse... Vaya, de llevarse a la dama que aspiro a descubrir..., porque, todavía, no la he descubierta.

DON AGUSTÍN

Pero ¡si es absurdo! ¡Si para Gaspar sólo existe el dinero!... Cuéntame lo que sepas y dime cómo lo has averiguado.

JAVIER

Pues lo he averiguado casualmente, por un «chauffeur» que vive en mi casa y que me admira de corazón. Hace tres noches, fraternizando conmigo, después de vaciar unas botellas, me preguntó: «¿Tienes en tu pueblo novia o hermanas?» «No». «Te lo pregunto, porque me consta que a un casado o a un novio de tu pueblo le van a fastidiar.» Y me refirió que hoy, al alba, vendría por Orduña, con el fin de estudiar el camino que une el pueblo con la carretera, y que, por la madrugada, volvería con el conquistador para recoger a una señora y meterse volando en Portugal. ¿Quién es esa señora? Entre las que brillan en esta inocente localidad, ¿cuál está dotada de la elegancia precisa para hacer dichoso a su marido abandonándole? ¿No es la maestra? ¿Y he soñado yo que la maestra coqueteó con don Gaspar?

DON AGUSTÍN

Pensativo.

No lo has soñado.

JAVIER

Levantándose y tendiéndole la diestra.

Agradecidísimo, don Agustín.

DON AGUSTÍN

¿Pues?...

JAVIER

Por haberme confirmado lo del coqueteo. Y, ahora que conozco al galán y a la dama, a trabajar. Clavemos los alfileres de la inquietud y los puñales de la sospecha en los corazones de corcho de nuestros convecinos. Anunciemos prudentemente la farsa.

DON AGUSTÍN

Con severidad.

¡Cuidado!

JAVIER

Riéndose.

Voy a saludar a la maestra y a advertir a don Macedonio. Hoy me divertiré.

Sale por la izquierda. A don Agustín se le entenebrece el rostro, y torna a sacar el cheque y lo examina como si en el papel pudiese descubrir las intenciones del que se lo dió.

DON AGUSTÍN

Dolorosamente.

¡No, no! ¡Hay que observarlos!... ¡Aunque mi pensamiento sea vill!... Para entregarme el cheque lo sacó de la cartera. Luego no le apretaba la mano a Isabel para que lo tomase. ¡Hay que observarlos, hay que espiarlos!... Por más que es imposible tamaña monstruosidad. ¿Qué importa que fueran novios?... Pero ¡hay que espiarlos! *Desde la puerta de la izquierda.* Orosia.

OROSIA

Dentro.

Señorito.

DON AGUSTÍN

Adviértele a don Gaspar, cuando vuelva, que le esperaré en el huerto.

OROSIA

Dentro.

Bien, señorito.

Don Agustín coge el hacha y, en vez de irse al huerto, sube rápidamente por la escalera.

DON MACEDONIO

Dentro.

¡Habrás visto un granuja igual!... Tiene una desvergüenza de 18 quilates... ¡y no rebajo un quilate!

Entra ISABEL por la izquierda. DON MACEDONIO, enrojecido por la indignación, la sigue, andando como un pato. La ira le roba al caballero algo de su natural majestad; pero, como no le perturba completamente, estira de vez en cuando su chaleco de fantasía y se atusa los cuatro pelos de su bigote gatuno. Con tales maniobras, don Macedonio, que es casto como un asceta, no pretende seducir, aunque lo parece, sino inspirar un dulce respeto.

ISABEL

Pero, no se irrite, don Macedonio.

DON MACEDONIO

¡No rebajo un quilate! ¡Es ya mucho jorobar!

ISABEL

¿Le ha insultado Javierito?

DON MACEDONIO

Si burlarse de uno es insultarle a uno, me ha insultado. Lo de siempre: que, por apellidarme Villalón, soy un queso; pero que, por llamarme Macedonio, soy un queso griego, ya que a «Don» Alejandro Magno le decían «el Macedonio», y que ser un queso griego en esta quesera beocia es un honor. Y así, por ese estilo, eche usted.

ISABEL

Pero, no le haga caso.

DON MACEDONIO

¿Que no le haga caso? ¿Y voy a tragarme también lo de ese Eros, que, según me anuncia, ha decidido fastidiarme?... En cuanto acabó con lo de la quesera, me dijo: «Señor de Villalón, no cierre ninguno de los ojos a que le da derecho su apellido, observe, y si se tropieza con mi protector Eros—que le reventará, si se descuida—, cójale por los pies, levántele con cuidado... y rómpale el cráneo contra un muro. Y, ahora, váyase con su gentil hermana, la señora maestra, y reflexione en su honestísima compañía.» ¿Eh? ¿Hay quien admita esta sarta de mentecateces? ¿Qué tengo yo que ver con el diabó-

lico Eros, a quien ni siquiera he oído mentar?... Por supuesto, que no será este cura quien le busque, sino don Atilano. Que le estrelle él, y que le descubra a su sobrino que hay una cosa, indispensable para andar por el mundo, que se llama educación.

ISABEL

¿Va usted a quejarse a don Atilano?

DON MACEDONIO

Ahora mismo. Y, para no perder tiempo, entraré en su casa pasando por el jardín. A sus pies, Isabelita.

ISABEL

Adiós, don Macedonio.

DON MACEDONIO

Junto a la puerta.

¡Eros! ¿Y por qué me odiará sin conocerme?

Sale por el fondo e inmediatamente entra por la izquierda GASPAS.

ISABEL

Con inquietud.

¡Márchate, márchate en seguida!

GASPAR

¿Sin hablar? ¿No está en el huerto Agustín? ¿Vamos a desperdiciar esta ocasión?... Escucha. Dentro de media hora me iré en automóvil, y no por la plaza, sino por la calleja, para que el «chauffeur» conozca ese camino. Y ha de conocerlo, porque volveré por ti esta madrugada y, a las dos, te esperaré en la puertecita del jardín.

ISABEL

Estremeciéndose.

¡Hoy mismo!

GASPAR

Con ardor.

¡Sí, hoy mismo! ¡Hoy mismo se romperá tu cadena! ¿Te asustas, cobarde? A las seis de la mañana llegaremos a la capital, y cuando empiecen a buscarnos, estaremos en Lisboa, sobre la cubierta de un vapor. *Después de un instante de silencio, con apenada contrariedad.* ¿Es que vacilas?

ISABEL

En un tono doliente.

¡Hoy mismo!... ¡Esta misma noche!

GASPAR

Con celosa acritud.

¡Sí, esta misma noche! ¿Te parece pronto? Pero, dime: para llegar a esta noche, que tanto has deseado y que ahora te asusta, ¿cuántos miles de noches de tristeza has visto desfilan? *Con la voz estrangulada.* ¡No me quieres!

ISABEL

Con exaltación.

¡Ojalá! ¡Ojalá, porque es más noble padecer que sublevarse! ¡Ojalá, porque, si no te quisiera!...

GASPAR

Con energía.

¡Si no me quisieras, tendrías de nuevo que aprender a quererme! ¿Has perdido la memoria?

ISABEL

Con dulzura.

Discúlpame, Gaspar.

GASPAR

¿Que disculpe tus vacilaciones? Pero, tú, después de haberme dominado, de haberme modificado, de haberme dirigido, ¿tienes derecho a vacilar? ¿Qué acción mía no ha sido inspirada por ti? Te repugnó engañar hipócritamente al que te engañaba con hipocresía, y respeté y alabé tu delicadeza. Te avergonzó huír con un hombre cuyo dinero procedía del padre de tu marido, y me marché para enriquecerme y volví para pagar. Pues ya que he pagado, ¿por qué vacilas?

ISABEL

Es poleándose con sus propias palabras.

¡Sí, sí! ¿Por qué vacilo? Me casaron con él casi a la fuerza, me compró con su dinero... ¡y vacilo! Me engañó, sin tener ni la disculpa del cariño, mientras que yo, enamorada de ti, me negué a engañarle... ¡y vacilo! Me desprecia tanto como tú me adoras... ¡y vacilo! Quiero ser feliz, aunque sólo sea durante unos momentos, porque nunca he sabido lo que es la felicidad, y vienes tú para traérmela... ¡y vacilo! Estoy segura hasta del perdón de Dios, puesto que Él vería que al huír no pensaba en vengarme, sino en evitar que el odio y la rabia envenenaran mi corazón entre estos muros... ¡y vacilo!

GASPAR

¡Pues no vaciles! ¡Sé fuerte!

ISABEL

¡Dame fuerzas tú! ¡Ayúdame tú! ¡Defiéndeme contra mí misma! ¡Quiero ser feliz! ¡No me resigno a morir ignorando lo que es la felicidad! *Con terror.* Pero, ¿y mi hijo?... Tú ¿has pensado en mi hijo? ¿Me crees capaz de abandonarle?

GASPAR

Abandonarle, ¿por qué? ¿No está en el colegio? ¿No le puedes tú sacar del colegio?

ISABEL

¿Y su padre?

GASPAR

¿No seré yo su padre? ¿No «debi» yo ser su padre?

ISABEL

Con dolorosa perplejidad.

Pero, ¿y el verdadero?... Aunque no le quie-

ra como yo, le quiere. Le quiere todo lo que él puede querer. *Reaccionando.* ¡Pero, no, no he de dejárselo! ¡Preferiría condenarme! Crecerá junto a mí, se hará hombre junto a mí... Y, si no le olvida, yo le sabré engañar para que no padezca.

GASPAR

Que ve a Orosia.

¡Silencio! *Alzando la voz.* Estaré en el Casino.

Entra OROSIA por la izquierda.

ISABEL

Bien. Hasta después.

GASPAR

No tardaré ni veinte minutos.

OROSIA

Por si almuerza aquí el señorito Gaspar, voy a decirle a la Felicianita que dore unos pollos.

Sale por la derecha la criada, y en seguida aparece en la escalera DON AGUSTIN, que clava los ojos torvamente en su mujer, y que, sin hablar, avanza hacia ella muy pálido.

pero con un dominio absoluto de sus nervios. Isabel, que comprende que ha escuchado, extrae fuerzas del propio peligro y se dispone a soportar el choque con valentía.

ISABEL

Con la voz un poco trémula.

¿No estabas en el huerto?

Su marido, sin contestar, deja el hacha sobre el aparador, escribe con lápiz varias líneas en una tarjeta y llama secamente al criado.

DON AGUSTÍN

Asomándose a la puerta de la derecha.

¡Paciano! ¡Paciano!

Entra PACIANO a los pocos segundos.

Dame el dinero.

PACIANO

Después de entregarle una cartera.

En plata hay treinta duros más.

DON AGUSTÍN

¿Has almorzado?

PACIANO

Sí, señor.

DOÑ AGUSTÍN

Pues ensilla mi jaca, ponte a escape en la capital, llévale estos renglones al director del colegio para que te entregue al niño y traételo en el tren de esta noche. Con los duros que tienes te sobraré para pagarlo todo.

PACIANO

Sí, señor. Hasta la noche.

Sale Paciano por la derecha.

ISABEL

Acobardada por el mutismo de don Agustín.

Puesto que nos has escuchado, tendrás que confesar que mi conducta no es vergonzosa.

DON AGUSTÍN

Friamente.

¿Por qué te figuras que tendré que confesar esa mentira? ¿Porque, en vez de hundir el hacha en tu cabeza, la he soltado ahí?

ISABEL

Temblorosa.

Yo no te he deshonrado.

DON AGUSTIN

Pero, ¿no me ibas a deshonrar?

ISABEL

Con energía.

¡Por tu culpa! ¡Pero sin manchar tu casa, sin aprovecharme de tu abandono, sin fingir un cariño que te hiciese confiar en mí!

DON AGUSTIN

Sañudamente.

¡Pero, si no cariño, has fingido bondad, y te casaste, fingiéndola, porque a tu gente se le ocurrió gozar de mi dinero, y, sin dejar de fingirla,

has pasado años y años engañándome con tu paciencia falsa, con tu dulzura falsa, con tu respeto falso, con tu castidad embustera, con tu dignidad mentirosa!... ¿Así es cómo os portáis las buenas mujeres?

ISABEL

Y al lado de un hombre como tú, ¿se puede ser una buena mujer? Si te lo hubieras propuesto, siendo ya mi marido, ¿no habría llegado a quererte? Pero, ¿qué criatura puede querer a la mordaza que la ahoga, a la llave que la encierra, al cuchillo que la hiere?

DON AGUSTIN

Sarcástico.

¿Todo eso he sido para ti?

ISABEL

Valerosamente.

Tú has sido para mí un amo orgulloso que la corría con sus compadres y que me humillaba sosteniendo a mujerotas. Y yo he sido para ti la nodriza del niño, la enfermera vigilante, la criada fiel... y, algunas veces, una mujerota más: la menos atendida y la más pobre, porque vivía en

tu casa. ¿Cómo no me iba a acordar de que me habían querido?

DON AGUSTIN

Sin acalorarse ni perder la moderación.

¿Y cómo no ibas a decidirte a ser feliz?... Ya, ya te escuché. Ibas a ser feliz huyendo de la casa de un hombre que jamás fué un amo, sino un marido con poca blandura y menos galantería, como casi todos los que viven en nuestra tierra, pero honrado y leal en el fondo, para seguir a un sujeto que dejaría de ser blando y galante, porque es de aquí, y que te martirizaría, porque es un bandido.

ISABEL

¡Fué mi novio antes que tú! ¡Te quería arrebatarte lo que tú cogiste siendo suyo! ¡Peor que él soy yo, que permití que me vendieran!

DON AGUSTIN

Eres peor, sí. Pero él no debió intentar arrebatarme lo que me dieron, o lo que yo compré, recordando que aquí nadie le quiso arrebatarte lo que él robó. ¿Sabes por qué le dió mi padre los

cinco mil duros que hoy me ha devuelto?... Porque le sacó del bolsillo dos mil que le había robado. Sin necesidad, porque podía vivir con su sueldo y porque no había cometido ninguna de esas locuras que suelen cometerse en la juventud, le había robado. ¡Le había robado por codicia, por vil afán de dinero! Y mi padre no le encarceló, no le echó a puntapiés, no le riñó siquiera... Y, como si eso fuera poco, sobre las diez mil pesetas robadas puso quince mil, y, al regalárselas, se limitó a advertirle que era peligroso el oficio de ladrón. Entérate. A ese que me quería arrebatar lo que compré, no le hicieron restituir lo que había robado. ¡Es un ladrón! ¡Estás enamorada de un ladrón!

ISABEL

Muy alterada.

¿Tienes pruebas?

DON AGUSTIN

¿Y para qué las necesito?

ISABEL

¡Para que te crea yo! ¡Para que no piense que le calumnias!

DON AGUSTIN

Sin alterarse.

¿Y con qué objeto le iba a calumniar? ¿Le iba a calumniar buscando un motivo para matarle? ¿Me hace falta buscar ese motivo?

ISABEL

¡Pero buscar un motivo para que yo le desprecie, sí!

DON AGUSTIN

¿Y qué me importa que tú le desprecies? ¿Qué ganaría yo con que le despreciaras? ¿Me repugnarías menos quizás? ¿Influiría, acaso, una rectificación tuya en mis decisiones?... No seas vanidosa, mujer. En mi camino ya sólo puedes ser una piedrecilla. Y como las piedrecillas se apartan, te voy a apartar.

ISABEL

Luchando con la impresión que le producen las palabras de su marido.

¿Matándome? ¿Y te figuras que no te lo agradecería?

DON AGUSTIN

Con una rabia fría que le hace temblar.

¡Ay, si no me amarrase la idea que me amarra! ¡Cómo os hubiera hecho gemir a la vez, y cómo hubiera casado vuestras sangres en el filo de mi hacha!... Pero, no. Viviréis, porque es indispensable, y me conformaré con apartaros de mi camino. De un camino que he de limpiar para que mi hijo no se manche después al recorrerlo. ¿Me entiendes? El que rige mi voluntad y contiene mis ímpetus y paraliza mis manos, es él, nuestro hijo, olvidado por ti.

ISABEL

¿Yo olvidar a mi hijo? ¿Concebiría yo la vida sin él?

DON AGUSTIN

Irónico.

¡Ah, no! ¡Eso, no! Y como no concibes la vida sin él, para vivir no piensas en él, sino en ti: en tu felicidad y no en su felicidad. «¿No sería yo feliz sin mi hijo?... Pues me lo llevo.» Y te le hubieses llevado, sin caer en que le robabas la honra, que es el más valioso caudal que heredan los hijos. Pero ese caudal—el único in-

dispensable, puesto que la vida, que se puede soportar hasta sin palabra, sin manos y sin ojos, es insoportable sin honra—, ese caudal se lo robarías aunque le dejaras junto a mí, porque no lo forma y lo sostiene el honor del marido, o la virtud de la mujer, sino ambas cosas unidas para siempre. ¿Tenía yo razón al decirte que habías olvidado a tu hijo? *Isabel no contesta.* ¿Me equivoco? ¿No le habías olvidado... y le sacrificabas?

ISABEL

Más triste y avergonzada que iracunda.

¡Agustín!

DON AGUSTIN

Yo nunca le he olvidado. Y así, mientras planeábais vuestra fuga, yo no pensaba en mi dolor, sino en el que él, tan pequeñito, no hubiera podido resistir; ni en mi honra, sino en la que él, tan débil, no habría sabido defender. Y su debilidad te ha salvado y ha salvado a tu cómplice. A tu cómplice le despediré como si no supiese nada de lo ocurrido, porque si él sospechara le tendría que matar, y matarle equivaldría a confesar tu culpa. Y a ti, en público, te trataré como a las mujeres impecables. Esta so-

lución, la única que al pequeñín le conviene, exige que nos sacrifiquemos. ¿Te sacrificarás tú?

ISABEL

Aplanada.

¡Agustín!

DON AGUSTIN

¿Te sacrificarás por tu hijo, o seguirás a ese caballero que «debió» ser su padre?... Porque, en tal caso, hay otros medios de arreglar...

ISABEL

Interrumpiéndole.

¡No hay ninguno! ¡No hay más que el que a mi hijo le conviene! *Llamando desde la derecha.* ¡Orosia! Seré capaz de una locura; pero no de una infamia.

A OROSIA, que entra.

Ahí enfrente, en el casino, está don Gaspar. Dile que venga.

Sale Orosia por la izquierda y vuelve a entrar a los dos segundos.

OROSIA

Venía ya, señorita.

Sale por la derecha.

DON AGUSTIN

Con una levisima emoción.

En el jardín estaré.

ISABEL

Cerca, por si te necesito.

DON AGUSTIN

Cerca.

Sale por el fondo y, al instante, entra por la izquierda GASPAR.

GASPAR

Con alguna alarma.

¿Qué ocurre?

ISABEL

Que he reflexionado, Gaspar.

GASPAR

Con despecho y temor.

¡Isabel!

ISABEL

¡No vuelvas!

GASPAR

Pero, ¿estás loca?

ISABEL

Con energía.

¡Estaba loca! ¡Ahora es cuando no estoy loca!
¡No vuelvas! ¡No te seguiré!

GASPAR

Abrumado.

Pero...

ISABEL

Sin dejarle hablar.

¡No te seguiré! ¡No cometeré la infamia de
deshonrar a mi hijo! ¡Prefiero morirme! ¡Prefiero
matarme! ¡Y me mataré si no te vas!

GASPAR

Pálido y desconcertado.

No grites. *Viendo a don Agustín.* ¿Quiéres que tu marido nos oiga?... ¿Quiéres que adivine?...

ISABEL

Vete y nada adivinará. *Acercándose al fondo.* Agustín, que Gaspar se marcha.

Entra DON AGUSTIN.

DON AGUSTIN

Sonriendo.

¿Llegó la hora?

GASPAR

Procurando ocultar su turbación.

Llegó la hora. Adiós, Isabel.

ISABEL

Dejándose oprimir la mano.

Adiós.

GASPAR

Tendiéndole la diestra.

Adiós, Agustín.

DON AGUSTIN

Un abrazo, hombre. Y alegre esa cara, o me pongo triste yo también. *Abrazándole.* Dios te dará toda la felicidad que mereces.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En la misma estancia, que continúa siendo comedor, despacho y sala de recibir. El paso de tres lustros ha ennoblecido más a los sólidos muebles y le ha dado más pompa al jardín. La única innovación digna de que se mencione es que han puesto el bargueño cerca de la ventana, para colocar en su sitio un flamante piano.

MARTA le hace gruñir al piano, que desafina lamentablemente, una canción popular, con gran regocijo de DON MACEDONIO, que la acaricia, procurando no despeinarla. ISABEL, DON AGUSTÍN y RODRIGO toman café sentados a la mesa y escuchan con indulgente atención. JAVIER, en la puerta de la izquierda, aguarda, risueño, para entrar cuando termine la concertista.

La «concertista», una frágil damisela que no mira frente a frente ni alza la voz, parece débil de voluntad, dulce y tímida. También se la creería algo coqueta, fijándose en su atavío, que es mucho más lujoso que el de las personas con quienes convive.

Rodrigo, material y moralmente, es como don Agustín. La misma voz, los mismos gestos, idénticas facciones e iguales ideas. Entre el hijo y el padre sólo hay una diferencia, engendrada por la edad y no por la disconformidad de los caracteres: que el viejo es frío y el mozo arrebatado. Rodrigo lleva con ingénita elegancia un traje de corte vulgar.

En Isabel y don Agustín se ha ensañado un poco el tiempo, quitándoles tersura, agilidad y esbeltez; mas el lenguaje y los ojos del marido continúan siendo de acero y el ánimo de la mujer conserva su fino temple.

Javier, que sigue más flaco que un galgo, para completar el grave aspecto que le da una incipiente calvicie y asesinar de un modo decoroso a su infeliz clientela, se ha dejado la barba. A su traje gris ni un profesional de la elegancia le pondría el menor reparo.

Y don Macedonio, cada vez más palmipedo, luce aún sus chalecos de fantasía y se atusa con el garbo de su pasada madurez los pelos de su bigote gatuno.

JAVIER

Entrando al concluir Marta.

Formidable, hija. Me voy a dar un «latigazo» a tu salud. *A Isabel.* ¿Queda una copa de cognac

para un pobrecito gorrón?... Si me la sirve usted, la obsequio con una receta.

ISABEL

Hombre, ¿a mí que siempre te he mirado con simpatía?

JAVIER

Alto, que aunque le he tomado el gusto a mi oficio de tal modo que sin matar científicamente no puedo vivir, no tengo la conciencia tan encalecida que desee acabar con usted. Mi receta no es para que usted sucumba, sino para que reventen los gatos.

ISABEL

¿Mis pobres gatos?

JAVIER

No. Los otros. Los que maullan en el piano de Martita.

MARTA

Riéndose.

¿No sabes hablar en serio?

JAVIER

Mientras sepa asesinar en serio... ¡Cómo me adivinó la vocación mi pobre tío, que en paz descansa, esperándome muchos años!

ISABEL

Toma la copa, torbellino.

JAVIER

Pidiendo otra, después de bebérsela.

No me dejará usted en un pie.

RODRIGO

Pero, ¿quiéres empalmar la borrachera de anoche?

JAVIER

Rodrigo... ¡que te pueden creer!

RODRIGO

¡Ah! ¿Miento? ¿No te emborrachaste en casa de las Corzanas?

JAVIER

Cómicamente indignado.

¿Yo?

RODRIGO

Tú, y las Corzanas, y Machuca y ese teniente forastero, amigo suyo, que dió allí su primera batalla campal...

JAVIER

¡Atiza! ¡Pobre teniente!

RODRIGO

¿No rompió a botellazos los espejos?

JAVIER

Con graciosa severidad.

¡A botellazos los espejos!... Debía avergonzarte esa pregunta. Debía avergonzarte porque estás procediendo con la ligereza y la falta de tino de un historiador. Tiró una botella y rompió un espejo, sí; pero tiró la botella para divertir a las damas con un bonito juego de manos, y rompió el espejo por casualidad.

MARTA

Sin caer en que la conviene callar.

¡Como que ni siquiera se achispó!

RODRIGO

Mirándola con sorpresa y cólera.

Luego estabas tú allí. La «concertista» baja la cabeza como si se hubiese ruborizado. Yo no te prohíbo nada caprichosamente, Martita. Por eso, cuando te prohíbo algo, debes respetar la prohibición.

MARTA

Sin alterarse.

Pero, esa prohibición, ¿no es caprichosa, Rodrigo?

RODRIGO

Con frialdad.

Es justa.

MARTA

Como una chiquilla voluntariosa.

¡Justa, justa!... Todo lo que dispones te pare-

ce justo. ¡Y es ya mucha tiranía, señor! *Después de una pausa.* Y que estaba aquí, sola. Mamá se acostó con jaqueca, me aburrí, y como vinieron a buscarme... *A Isabel.* ¿Verdad que vinieron a buscarme?

ISABEL

Con involuntario despego.

¿Por qué ha de ser mentira?

RODRIGO

Conteniéndose.

¿Y qué importa que sea verdad, si tu obligación es complacer a tu marido?

MARTA

Dulcemente.

Si; pero...

RODRIGO

Pero, ¿qué? ¿No es esa tu obligación?

MARTA

Sin duda. En lo que sea razonable, te debo

complacer. Pero, ¿es razonable que yo no visite a las Corzanas, que han sido y son mis mejores amigas, porque no te gusten a ti? *A don Agustín.* ¿Es justo y razonable, papá?

DON AGUSTÍN

Si no dieran tanto que hablar esas mocitas...

RODRIGO

No darían que hablar si no tuviesen los cascos tan ligeros. Con tanta despreocupación no se puede vivir.

JAVIER

En tono de broma.

Sí, hijo: se puede y se debe vivir. Y no hables como un celoso, porque en el papel de Ote-lo estarías rematadamente mal.

RODRIGO

Sulfurado.

Pero ¿qué majaderías ensartas?... ¿Es que hay aquí alguien de quien pudiese yo estar celoso? Y, aunque lo hubiera, ¿soy yo un patán para

ofender con celos a mi mujer?... ¡Qué mentecato eres! Me limito a velar por Marta, y la contrario porque me duele y me irrita que olvide la prudencia. ¡Y la olvida frecuentando una casa de cuyas dueñas se dicen enormidades!

MARTA

Sin alzar los ojos.

¡Sin motivos!

RODRIGO

Enérgicamente.

Con motivos, puesto que escandalizan. Y tan juntos van el escándalo y la murmuración, como la calentura y la sed.

MARTA

Con su inalterable dulzura.

Pero no te enfades, por Dios. Te obedeceré, te daré gusto... Viviré encerrada.

RODRIGO

Colérico.

¡Ah! ¡De manera!... *Conteniéndose.* Mejor es callar.

ISABEL

Con una leve acerbidad en el tono.

No es más que una casa la que le disgusta a Rodrigo, Martita.

RODRIGO

Y, más que la casa, me disgusta el afán con que ella defiende a sus dueñas y a los... favoritos de sus dueñas. *A Marta.* Pero, ¿tan graciosos y tan simpáticos te parecen esos idiotas que presumen de conquistadores?

JAVIER

Bromeando.

Echa la galga, que aunque yo, por modestia, no presumo de conquistador, soy uno de esos idiotas.

RODRIGO

Gravemente.

No, Javier. Sobre ciertos asuntos, conmigo, no hay que bromear. Te replicaría, sin querer, con violencia...

DON AGUSTÍN

Atajándole.

Y lo sentirías luego.

RODRIGO

Con humildad.

Lo sentiría, padre.

JAVIER

Benévolamente.

¿Por qué, si nada había de ocurrir?... Y no ocurriría nada porque te estimo demasiado para tomarte en serio.

RODRIGO

Riéndose.

¿Qué te doy: las gracias o un cachete?

JAVIER

¿No te parecería mejor darme una paliza jugando a carambolas?

RODRIGO

¿Para que, como de costumbre, si te va mal,

le entregues el taco al registrador y me dejes solo con él toda la tarde?... Y que hoy tengo un compromiso: he convidado a Machuca y a su compadre a matar unos conejos y me voy a la dehesa.

JAVIER

Entonces, hasta después.

DON AGUSTÍN

Te acompaño. Jugaré yo contigo.

DON MACEDONIO

Y yo les pegaré a los dos.

Salen don Agustín, Javier y don Macedonio por la izquierda. Marta, para no reanudar la conversación con su marido, principia a destrozarse un fado.

RODRIGO

A Isabel.

¿Te fijas en la preciosa alusión?... Música, porque la música amansa a las fieras.

ISABEL

Sonriéndose.

Déjala en paz.

RODRIGO

A su mujer.

¿Qué te parezco: un león, un tigre, un cocodrilo?

MARTA

Melifluamente, pero sin mirarle ni interrumpir la tocata.

Te estarán esperando.

RODRIGO

Cogiéndola por la cintura y separándola del piano.

¿Seré un jabalí, seré un oso, o no seré más que un ratoncillo insignificante?

MARTA

Quejumbrosa.

Déjame. No estoy de buen humor. No me acostumbro a que se me riña delante de la gente como si tuviera diez años.

RODRIGO

Perdiendo las ganas de contentarla.

Menos me acostumbro yo a otras cosas.

MARTA

Con un gestecillo de mujer superior que se compadece por no despreciar.

Y por celos. ¡Celos... con la mujer que te ha tocado! Entonces, si yo fuera como otras...

RODRIGO

Ya no pisarías esta casa.

MARTA

O estarías loco por mí, porque a esas mujeres las adoran sus maridos. En cambio a las inocentes como yo, esclavas de sus obligaciones...

RODRIGO

Interrumpiéndola.

Marta, no digas más tonterías. Te lo ruego.

MARTA

Almibarando cada vez más la voz.

Pero, ¿sale de mi boca algo que merezca oírse? Si yo, desde que pasó nuestra luna de miel, y, especialmente, desde que nació el niño, sólo digo tonterías.

RODRIGO

Con amor.

Vamos, no seas majadera. ¿Vas a envidiar al nene? Eres boba, eres boba, eres boba.

MARTA

Sí, soy boba; pero no tan boba que me resigno a coser, leer, tocar el piano, mirar los árboles y cuidar las gallinas, mientras te diviertes tú. Te lo confieso..., aunque me perjudique la confesión. Pero yo no he nacido para engañar, porque no sé mentir.

RODRIGO

Conque mi boba, ¿no se resigna?

MARTA

A vivir esclavizada, no. ¿Por qué he de negártelo?

RODRIGO

A su madre.

¿Eh? ¿Qué pensaría el que la oyera?... Me voy para no reñir.

ISABEL

No exageres tú, ya que exagera tu mujer. Y vete, que pronto se le pasará el mal humor.

RODRIGO

Sí. Más vale que me vaya. Hasta después.

ISABEL

Pero, ¿y lo que ibas a decirme? ¿No tenías tú que decirme una cosa?

RODRIGO

Lo del Tornero. Es verdad. Ya se me había olvidado. ¿Le quieres pedir a papá que le dé un

plazo para que le pague la renta y que le rebaje unos duros?

ISABEL

¿Y por qué no se lo pides tú?

RODRIGO

Porque sé que le es antipático. Y como deseo servirle, y como a ti papá nunca te niega nada...

ISABEL

Ni yo a ti.

RODRIGO

Besándola.

Es cierto. Ni tú a mí. Ea, hasta la noche. *A su mujer.* Adiós... esclava.

Sale por la izquierda.

MARTA

Aunque se ría, así es.

ISABEL

Después de unos segundos de silencio.

No vinieron a buscarte, Martita.

MARTA

Como si no supiera a lo que se refiere Isabel.

¿A mí?

ISABEL

Sí, a ti. Las Corzanas. Has dicho que vinieron a buscarte y no vinieron.

MARTA

Con un candor celestial.

¿Que no vinieron?... Pero, ¡qué cabeza la mía!... Como han venido otras veces... Eso no me lo negará.

ISABEL

No.

MARTA

Mirándose las uñas.

Y que me atacaban y yo me tenía que defender.

ISABEL

Si no te censuro. Pero, como acabas de asegurarle solemnemente a Rodrigo que no sabes mentir...

MARTA

Tranquilamente.

Y no sé. Si supiera, ¿le habría pedido a usted que confirmase mis palabras?... Pero, perdóname si se ha molestado.

ISABEL

¿Por esta insignificancia?

MARTA

Con un gesto de víctima.

¿Y qué hago yo que no sea insignificante?

ISABEL

Con ironía.

No, no, mujer. Todo lo que tú haces no es insignificante. No. ¿Te parecen insignificantes tus continuas quejas?

MARTA

Como un serafín.

Pero, yo, ¿me quejo?

ISABEL

¿No, rica? Entonces, al decir que no te resignas a coser, leer, tocar el piano y mirar los árboles, ¿no te quejas?

MARTA

Y si me quejara, ¿no tendría razón?

ISABEL

No tendrías razón, porque Rodrigo es bueno y te quiere.

MARTA

Sí; pero con la condición de que haga yo lo que se le antoje.

ISABEL

Naturalmente. ¿Iba él a hacer lo que a ti se te antojara?

MARTA

En ciertas cosas ¿por qué no?... Pero, como es raro y desconfiado y celoso... Acabará por encerrarme. ¡Ay, lo que envidio a las que tienen alguna libertad!

ISABEL

A las que tienen aquí alguna libertad ¿las envidias tú? ¿Cómo son esas de la libertad y qué han hecho de su buen nombre?... No, hija. Una libertad que se compra con la reputación, es muy cara. Y me asusta que pienses así.

MARTA

Rompiendo de súbito a llorar.

Pero yo, entre ustedes, ¿quién soy? ¿Me con-

sidera alguien, me atiende alguien, tengo alguna influencia?...

ISABEL

Con desdén.

¡Martita!

MARTA

En cuanto se formalizaron nuestras relaciones, empecé mi tarea con Rodrigo. «¡Tenéis que tratar a mi madre! ¡No es decoroso que no tratéis a mi madre! ¿En qué lugar quedaré yo si no la admitís en vuestra casa?». Y él, disculpas y enfados. Y me casé, creyendo que, ya casada, le dominaría, y él fué quien me dominó. Y pensé que el nacimiento del niño le ablandaría, y se endureció más al nacer el niño., ¡y echó a mi madre de aquí!

ISABEL

Proporcionándole una escuela mejor, Martita.

MARTA

¡Pero lejos de aquí!

ISABEL

Acaso, Rodrigo, ¿te ha prometido alguna vez transigir con tu madre?... Bien sabes que no. Tu madre, por debilidad, por ligereza, o por apasionamiento, no se condujo de un modo conveniente. Alborotó, escandalizó... Y Rodrigo es de una casta que no olvida ni perdona.

MARTA

No perdona porque lo que más falta hace para perdonar es cariño. Y como no me quiere...

ISABEL

Severamente.

Eso no es verdad.

MARTA

¿Que no? ¿Tiene ojos para alguien que no sea su hijo? ¿A quién mimas y a quién besas y a quién acaricias? ¿Qué valgo yo junto al niño?... Yo, a coser, a leer, a aburrirme...

ISABEL

Conteniendo la indignación.

¡Marta!

MARTA

Con amargura.

Y que no se me mire, ni se me distraiga, ni se me elogie... Que nadie haga lo que él no quiere hacer.

ISABEL

Violentamente.

¡Marta!

MARTA

Volviendo a llorar.

¡Pero, si se diría que me odia! ¿Se fija en mis vestidos, como no sea para ponerles defectos? ¿Me invita alguna vez a que toque el piano? ¿Y cuándo se ha rendido confesándome que toco bien?... Y esto desanima, esto duele... En cambio, entro en casa de las Corzanas y hay que ver la revolución con que me reciben: «¡Que toque Martita! ¡Que toque la profesora!» Y, aunque sé mejor que nadie, porque tengo modestia, que no soy una profesora, me entra al oírles tal alegría, que hasta se me saltan las lágrimas.

ISABEL

Entre compasiva y desdeñosa.

Y tú ¿eres la que no se acostumbra a que la riñan como si tuviera diez años?... Pues acostúmbrate, porque hablas como si no los hubieses cumplido. ¿No te avergüenzas de decir tan simples chiquillerías, siendo ya toda una señora madre? *Secándole los ojos.* Vamos, no llores más. Yo te prometo que desde hoy variarán las cosas. Te elogiaremos todos. Traeré... ¡hasta gente para que te aplauda!

MARTA

Riéndose con la misma facilidad con que ha llorado.

Sí; como se la llevan a los cómicos. Ahora búrlese usted.

ISABEL

Casi desconcertada por la risa.

¡Qué mezcla hay en ti! ¡Qué incomprensible eres!

DON AGUSTIN, *que entra por la izquierda, tira el sombrero en un sillón y se sienta en otro.*

MARTA

*Con igual naturalidad que si hubiese estado
discutiendo cosas indiferentes.*

¿Ya?

DON AGUSTÍN

Me cansa el juego.

*OROSIA, que viste como vestía quince años an-
tes, y que tiene más carnes, más canas y
menos timidez, entra por la izquierda.*

OROSIA

El papel de Madrí, señorito.

*Le da un periódico a don Agustín y sale por la
derecha.*

MARTA

Amenazándole con el índice.

Papá, estoy muy disgustada con usted.

DON AGUSTÍN

Afectuoso.

¿Y qué he hecho para merecer esa desgracia?

MARTA

¿Y me lo pregunta? ¿Me ha defendido usted? Usted, que siempre es mi defensor, ¿no me ha abandonado hoy?

DON AGUSTÍN

Porque era mala tu causa, chiquita.

MARTA

¡Ah! ¿Si? ¿Esas tenemos? ¿Quiere usted pelear conmigo?

DON AGUSTÍN

Sonriéndose.

Después. Cuando lea el periódico.

Entra por la derecha CANDELARIA, la nodriza del heredero de los Zárates, que viene dormido en sus brazos. Es una hermosa mujer y viste con lujo y con limpieza.

CANDELARIA

A Isabel.

Señora, si me dejase ir a casa de mi hermano... Es que ha venido su pequeña.

MARTA

Acercándose a la nodriza.

¿Está dormidito mi canónigo?

Isabel y don Agustín se acercan también para ver al mamoncillo.

ISABEL

A Marta, que le tira de la gorrita.

No le vayas a despertar. Mira, mira qué boca abre, mujer. Como si contemplara un prodigio. ¡Y se ríe!

MARTA

A don Agustín.

Y se ríe igual que usted. ¡Cuidado que es enorme el parecido!

DON AGUSTÍN

Con satisfacción.

Es que en nuestra casta los varones no salen nunca a las madres. Este es idéntico a mi hijo, y mi hijo es igual que yo, que soy el vivo retrato de mi padre y de mi abuelo.

ISABEL

Retirando el rostro de la cara del pequeñín.

No, no me atrevo a besarle. Bueno, que no te entretengas mucho, Candelaria. Y otra vez, que tu sobrina venga aquí.

CANDELARIA

Sí, señorita.

ISABEL

¡Ah! Y que no me besuqueen al niño. ¡Ojo, Candelaria!

CANDELARIA

Descuide, señorita.

Sale por la izquierda. Don Agustín se pone a leer.

MARTA

Cogiendo un libro.

Leeré yo un rato también.

DON AGUSTÍN

¿En el jardín, como de costumbre?

MARTA

En el jardín. Búsqueme después... y pelearemos.

Sale por el fondo y desaparece entre los árboles. Don Agustín, sin mirar a Isabel, enciende un cigarrillo y abre displicentemente el periódico.

ISABEL

Venciendo su temor.

Agustín...

DON AGUSTÍN

Después de una pausa, mirándola sorprendido.

¿Se te ha acabado el dinero?

ISABEL

No.

DON AGUSTÍN

Pues déjame, entonces. ¿No estamos solos?

Vuelve a leer.

ISABEL

Es que...

DON AGUSTÍN

Con impaciencia.

Hace ya algunos meses que, buscando mil pretextos, me importunas, dirigiéndote a mí, y estoy decidido a que respetes lo pactado. Nosotros, a solas, no tenemos nada que hablar.

ISABEL

Con moderación.

Nada de lo que a nosotros mismos nos interese, y de nada mío te he hablado jamás. No puedes quejarte de mi conducta.

DON AGUSTÍN

Sin mirarla.

Ha sido la que debe ser... hasta ahora.

ISABEL

Y ahora seguirá siendo la que debe ser. No voy a pedir para mí, sino para Rodrigo.

DON AGUSTÍN

Dándole prisa con el tono.

¿Y quiere?...

ISABEL

Que le des un plazo al Tornero para pagar y que le rebajes la renta.

DON AGUSTÍN

¿Y para tal ridiculez necesita Rodrigo emba-
jadores?

ISABEL

Ahogando un suspiro.

Es que se figura que no le complacerías, por-
que el Tornero no te es simpático. *Amargamente.*
Y como a mí no me niegas nada... ¡Está con-
vencido de que a mí no me niegas nada!

DON AGUSTÍN

Con frialdad.

¿Lo sientes?

ISABEL

Con dolor.

Agustín...

Entra RODRIGO por la izquierda.

DON AGUSTÍN

Afectuosamente.

En nombrando al ruin de Roma...

RODRIGO

Riendo.

¿Me despellejabais?

DON AGUSTÍN

Un poquito. Dile al Tornero que pague cuando pueda y que está concedida la rebaja. No es santo de mi devoción; pero, como tu madre le protege...

RODRIGO

Besándola.

¡Gracias, madrecita!

ISABEL

Por cambiar de conversación.

¿No cazáis ya?

RODRIGO

Si está malo Machuca. ¿Y mi pianista?

ISABEL

En el jardín la tienes.

DON AGUSTÍN

Ve a desenfadarla... y no seas con ella tan duro.

RODRIGO

Un poco avergonzado.

Pero, papá, en ciertas cosas ¿debo ceder?

DON AGUSTÍN

No debes ceder; pero debes disminuir tu dureza, debes atenuarla, debes endulzarla. A una criatura tan infantil como la que has escogido, más le convienen advertencias y besos que mandatos y reprensiones. *Intencionadamente.* Ya que fué tu mujer por cariño y no por vanidad o por codicia, procura que continúe enamorada.

RODRIGO

Pero, papá, por cariño se casan todas las mujeres buenas, y me figuro yo que si sus maridos las tratan severamente para defender su crédito,

les deben querer más... ¿Estaría bien que yo, que he separado a Marta de su madre porque no vivió honestamente, le consintiera intimar con personas cuyo trato nos avergonzaría?

ISABEL

Vivamente.

¡No!

DON AGUSTÍN

Con sequedad, después de una pausa.

No. Ya has oído a tu madre. Pero, yo—que no te aconsejo transigir con nada de lo que hierre el pundonor—sólo me refería a tu violencia. Modérate, Rodrigo. Y piensa menos en las carcerías, las cartas y el billar, para que tu mujer no se acostumbre a vivir sin verte. Eso es peligroso. Ya que no ve a su madre, que te vea a ti. Y anda, anda a desenojarla.

RODRIGO

Con vergüenza y pesar.

¡Este maldito carácter mío!... Pero ya sabes que si en mi violencia hay orgullo, mucho orgullo, no hay ninguna maldad, y que idolatro a mi mujer. Por haberla reprendido, hace media hora

que estoy triste, preocupado, inquieto... Es una brutalidad reprender a una pobre niña tan inocente, tan candorosa, tan dulce... Tienes razón en todo, papá. Voy a buscarla.

Sale por el fondo.

ISABEL

En una explosión de amargura.

¡Yo no me casé contigo por codicia! ¡Yo me sacrificué por mis padres! ¡Mis padres serían los codiciosos!

DON AGUSTIN

Encogiéndose de hombros.

Bien. Calla.

ISABEL

¡No, no callaré! ¡Es verdad lo que digo!

DON AGUSTIN

¡Sea verdad o no sea verdad, no resucites cosas que murieron!

ISABEL

Apasionadamente.

¡Las resucitas tú con tus palabras! ¡Las resucitas tú, haciendo que me sonroje delante de mi hijo por lo que no debo sonrojarme! ¡Es verdad que si cuando me casé contigo no te quería, te quise luego! ¡Y es verdad que dejé de quererte por tu culpa!

DON AGUSTIN

Levantándose con ira.

¡Ah, no! ¡Discutir ahora lo que no ha sido ni es discutible, no te lo consiento!

ISABEL

¡Ya, ya! ¡Ya sé que no me lo consientes! ¡Ya sé que no consientes que me defienda, que me libre de la hiel que me está envenenando!

DON AGUSTIN

Con rencor.

¡No será tan amarga como la que a mí me envenena! ¡No, no quiero que resucites lo que yo no he olvidado! ¡Ya es bastante que vivas junto

a mí, habiéndome hundido en la desesperación,
habiéndome hecho odiosa la existencia!

ISABEL

Pero, ¿por qué vivo junto a ti? ¿Has pensado un segundo siquiera en mi conveniencia? ¿Me has permitido que viva en tu casa por piedad? ¿No estoy aquí por nuestro hijo únicamente?

DON AGUSTÍN

Temblando de cólera.

Pero, ¿qué eres tú? ¿Qué mereces tú? *Dominándose.* ¡Y calla! ¡No me hagas hāblar!

ISABEL

Con desesperada valentía.

¡Callaré cuando tú calles, cuando tú no me insultes!... ¡Sí, me insultas, me insultas! ¡Valiéndote de rodeos, sin dar la cara; pero me insultas! ¿Hay quien se refiera a la madre de Marta? Pues tú sólo la censuras por el escándalo, por no haberse contenido... como otras, peores que ella. Como yo. ¿No es así? Y, hace unos instantes, ¿a quién atacabas al condenar a las que van al matrimonio por codicia?... ¡Pues me defenderé! Y

te recordaré, además, que me pusiste tú en el sendero malo. ¡Tú, tú! Lo que ahora le aconsejabas a Rodrigo que hiciese con su mujer, ¿por qué no lo hiciste con la tuya? *Conteniendo las lágrimas.* Advertencias y besos, mejor que mandatos y reprensiones. Y que la soledad de la pobre compañera no sea muy larga y muy triste. *Llorando.* ¡Perdóname, por caridad, Agustín!

DON AGUSTIN

Tengo memoria.

ISABEL

¡Olvida, por el amor de Dios! ¡He perdido las fuerzas y me aplasta mi cruz! ¿Quiéres ver cómo muero?

DON AGUSTÍN

Con una punta de emoción.

La muerte es el descanso. Y yo descansaré antes que tú, porque he padecido más.

ISABEL

¡Por tu soberbia! ¡Porque te hace de bronce

tu soberbia, Agustín!... ¡Cómo has de haber padecido más que yo, si cuando una criatura no es de carne, sino de bronce, hasta abrazarla duele!

DON AGUSTIN

Es cierto. Y basta ya.

Enciende, con el pulso algo temblón, un cigarrillo y coge de nuevo el diario; pero, al reanudar la lectura, MARTA, que entra corriendo por el fondo, livida y temblorosa, se dirige hacia él, llamándole con angustia.

MARTA

Con un pavor que no la permite ni gritar.

¡Padre!... ¡Padre!... ¡Defiéndame!

Don Agustín, presintiendo una desgracia, levántase y la mira con asombro y terror. Isabel, con más certero instinto, adivina lo que ha pasado y la interroga con iracundo recelo.

ISABEL

¿De quién?

MARTA

Abrazando a don Agustín

¡Defiéndame, padre!

ISABEL

Pero, ¿de quién? ¡Contesta!

MARTA

Sollozando.

¡Me va a matar! ¡Me va a matar!

ISABEL

Con una terrible exaltación.

Pero, ¿quién? ¡No será mi hijo! ¡Di que no es mi hijo!

DON AGUSTIN

Con violencia.

¿Qué ha pasado?

ISABEL

Cogiéndola por los hombros.

¡Di que no es mi hijo! ¿Qué le has hecho a mi hijo?

MARTA

Amedrentada.

¡Padre!

ISABEL

Zamarreándola.

¿Qué le has hecho a mi hijo?

MARTA

Entre sollozos.

¡Me hace usted daño! ¡Me asusta usted!

DON AGUSTIN

Separándola de Isabel.

¿Qué ha pasado, Marta?

MARTA

¡Que me quiere matar!

ISABEL

Frenéticamente.

Pero, ¿por qué? ¿Qué le has hecho?

DON AGUSTIN

Con agresiva dureza.

¿Por qué te quiere matar?

MARTA

Llorando.

Porque se ha figurado que había alguien conmigo en el cenador.

ISABEL

Fulminándola con los ojos.

¿Con quién estabas?

MARTA

¡Pero, por la Virgen Santísima!...

ISABEL

¡No, no! ¿Con quién estabas? ¿Es ciego mi hijo?

RODRIGO

Dentro.

¡Marta!

MARTA

Corriendo hacia la escalera.

¡Me va a matar, me va a matar!

ISABEL

Queriendo darle alcance.

¡Ah, perversa, mala mujer!

DON AGUSTIN

A Marta, mientras contiene a Isabel.

Sube.

Marta huye por la escalera sollozando de pavor.

ISABEL

Debatiéndose entre los brazos de su marido.

¡Ah, perversa, hipócrita, infame!

DON AGUSTIN

Sañudamente.

¡Sería más discreto que no la condenaras!

ISABEL

Avergonzada, iracunda y dolorida.

¿Ni por mi hijo, Agustín?

DON AGUSTIN

Con energia.

¡Ni por él!

Entra por el fondo RODRIGO, sin sombrero, despeinado, con los ojos centelleantes, y se dirige a la escalera.

RODRIGO

Procurando contenerse.

Ha entrado Marta.

DON AGUSTIN

Cortándole el paso.

¿Adónde vas?

RODRIGO

Consiguiendo sonreír.

A verla.

DON AGUSTIN

Con triste severidad.

¿De ese modo?

RODRIGO

Con otra sonrisa que es una mueca.

¿De qué modo?

DON AGUSTÍN

Después de una pausa.

Cuéntamelo, Rodrigo.

RODRIGO

Cada vez más alterado.

Pero, ¿qué he de contarte?

ISABEL

¡Dimelo, hijo mío!

RODRIGO

¿Qué, mamá? Si no ha pasado nada. Os lo juro. *A su padre.* Pero, déjame subir. Marta tiene que decirme algo.

DON AGUSTÍN

Tú eres un hombre y los hombres no se precipitan.

RODRIGO

¿Y crees tú que me voy a precipitar?... No, no tengas miedo. *Sombriamente.* Lo que debo hacer, lo haré sin precipitación, con toda la calma que sea precisa. ¡Pero lo haré, porque, si no lo hiciese, merecería, por cobarde y por vil, que me arrancaran el corazón para echárselo a los cerdos! *Isabel rompe a llorar convulsivamente.* No, no llores. ¡Si no ha ocurrido más que lo que debía ocurrirl... ¿No es Marta hija de su madre?

DON AGUSTÍN

¡Cuidado! Sin pruebas terminantes, aplastantes, no te permitas ni acusar. Se trata de tu mujer.

RODRIGO

¡Eso es lo terrible, eso es lo espantoso: que se trata de mi mujer, que esa perdida es mi mujer! ¡No, no me contradigas, padre! ¡Si los he sorprendido! Llegué, buscándola, cerca del cenador; la oí de pronto, y, ciegamente enfurecido por lo que escuchaba, en vez de aproximarme de puntillas, escondido entre los árboles, para caer sobre ellos como un rayo, corrí sin precaución, lo mismo que un loco, gritando de angustia y de rabia... y les avisé neciamente y huyó el galán. Sólo vi una sombra que se metió entre los naranjos, y, mira si seré torpe, que no he logrado encontrar el cuerpo de aquella sombra. Pero lo encontraré... ¡porque hablará Marta!

DON AGUSTÍN

Con cariñosa autoridad

¡Ahora, no!

RODRIGO

Con desesperada violencia.

Pero, ¿no me has oído, padre?... Te vuelvo a decir que en el cenador había un hombre, que ese hombre se ha escapado y que no sé quién es. ¡No sé quién es! ¡Fíjate! ¡No sé quién es el que

me ha deshonrado, no sé quién es el que se reirá con los ojos cuando yo pase, no sé quién es el que me ha quitado la confianza en mí mismo, la fe en los demás, la esperanza, el valor!...

ISABEL

Con la voz trémula.

¡Hijo de mi alma, hijo mío!

RODRIGO

Yo, tan altivo, tan crédulo, tan amo de mi voluntad, ¿qué seré desde hoy?

ISABEL

Con un amor fiero.

¡Serás lo que eras!

RODRIGO

Con angustia.

¡Lo que era!... Ya no me atreveré ni a levantar los ojos cuando el canalla más cobardón ultraje a las mujeres; ya no me permitiré censurar ni a las criaturas más viles; ya no podré oír a los que se burlen de un marido engañado, sin que

la sangre se me agolpe a la cara; ya descubriré alusiones infames en las referencias más inocentes; ya crearé ofensivas hasta las palabras afectuosas; ya veré enemigos solapados hasta en los amigos más fieles... *Sollozando.* ¡Ya se acabó la vida para mí!

ISABEL

Besándole y llorando.

¡Hijo mío! ¡Hijo de mi corazón!

RODRIGO

Con una resolución feroz.

¡Pero hablará Marta, y sabré quién es el que se ha escapado... y también se acabará la vida para otros!

DON AGUSTÍN

Sujetándole.

¡Ahora no la verás!

RODRIGO

Con pena y asombro.

¿La vas a defender?

DON AGUSTÍN

¡Para defenderte! La verás cuando estés tranquilo.

RODRIGO

¿Y crees tú que me tranquilizaré en lo que me reste de vida?... Para tranquilizarse, hay que olvidar o perdonar. ¿Y te figuras que yo perdonaré u olvidaré? ¿Tan indigno, tan despreciable te parezco?

DON AGUSTÍN

¡No te exaltes, por Dios!

RODRIGO

¡No me ofendas y no me exaltaré!

DON AGUSTÍN

Reconviniéndole cariñosamente,

No eres justo, Rodrigo.

RODRIGO

¡Pero si me estás ofendiendo! ¿Qué clase de hombre sería yo si estuviese tranquilo?... ¡Si estuviese tranquilo, mi madre se avergonzaría de haberme llevado en las entrañas, y tú, hijo y nieto de caballeros, me echarías a la calle, asqueado de mi tranquilidad!

DON AGUSTÍN

Fingiendo una cólera que está muy lejos de sentir.

¡No sabes lo que dices!

RODRIGO

Irritado.

Pero, ¿por qué te empeñas en tratarme como a un niño?... ¡Si no me engañarás! ¡Si estoy seguro de que piensas como yo! ¿Verdad que piensa como yo, madre?

DON AGUSTÍN

Con precipitación, para que no conteste Isabel.

¡No pienso como tú! ¡Me horrorizaría de pensar como tú!

RODRIGO

¡Si es inútil, padre! ¡Si no te creo!... ¡Déjame pasar!

DON AGUSTÍN

Con entereza

¡Hoy, no!

RODRIGO

¡No abuses de mi respeto y de mi cariño!
¡Ponte en mi lugar, padre! ¿Qué hubieras hecho tú en mi caso?

DON AGUSTÍN

Con severidad.

¡Lo que yo hubiese hecho, no importa!

RODRIGO

¡Si importa, si importa! ¿Qué habrias hecho tú en mi caso?... Si mi madre, que es una santa, hubiera sido una mala mujer; si mi madre te hubiese deshonrado, ¿viviría?

DON AGUSTÍN

Enérgicamente.

¡Viviría!

RODRIGO

¡No, no viviría! ¡Te conozco! ¡La habrías matado!

ISABEL

En un estallido de amor maternal.

¡Sí, me habría matado, me habría matado!

DON AGUSTÍN

Con asombro, terror y cólera.

¡Calla!

ISABEL

Tempestuosamente.

¡Me habría matado! ¡No hubiera podido resignarse a vivir junto a una mala mujer!

DON AGUSTÍN

¡Calla!

ISABEL

¡Es irresistible ese martirio!

RODRIGO

Llorando.

¡Sí, madre! ¡Sí, madre!

ISABEL

Agigantada por la desesperación.

¡Mátala, mátala, mátala!

Y don Agustín se aferra a su hijo, que, ciego de furor, pretende avanzar, espoleado por los rugidos de Isabel, y, con un supremo esfuerzo, consigue dominarle.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO .

En la misma habitación. Es de noche y la luna platea los árboles del jardín.

ISABEL, *junto a la puerta de la izquierda, mira hacia el patio. OROSIA espera a poca distancia.*

ISABEL

Para si misma.

¿Me habré equivocado? ¿Cómo sería posible que viniera si?... Pero, ¿por qué cambió de traje?

OROSIA

¿No es el médico, señorita?

ISABEL

Sí, el médico es.

OROSIA

Entonces estará sola mi sobrina y puedo aprovechar la ocasión.

ISABEL

Ve a escape. Atraviesa por el jardín.

Entra por la izquierda DON MACEDONIO, al salir por el fondo Orosia.

DON MACEDONIO

¿Ninguna novedad?

ISABEL

¿No viene usted con Javier?... Pues esa es la novedad: que traiga usted al médico. Si no hace falta, ¿para qué le trae? ¿Para que se entere de que ha reñido el matrimonio?... Por más que ya se lo habrá dicho usted.

DON MACEDONIO

Un poco aturrullado.

Se lo he dicho, efectivamente; pero, como Javier es un amigo, y como un médico es igual

que un sacerdote... Y que hace falta, puesto que Martita desea tomar un calmante.

ISABEL

¡Ah! De modo que ¿le ha traído usted por ella?

DON MACEDONIO

Naturalmente, Isabel. Y lamento haberme excedido...

ISABEL

Atajándole con benevolencia.

No, por Dios. Si de una o de otra manera se hubiese enterado. Y que la cosa no tiene nada de particular. ¿En qué matrimonio no hay disgustillos?

JAVIER, *que viste un traje oscuro, entra por la izquierda.*

JAVIER

Con un buen humor perfectamente falso.

¿Quién desea morirse aquí? ¿Qué pasa aquí?

ISABEL

Dominándose.

Pero, ¿hay quien se muera por una tontería?... Es que a Marta se le han sublevado los nervios.

JAVIER

Con bonachona picardía.

¡Por vida del... Marta con los nervios sublevados y Rodrigo mudo y con jaqueca.

ISABEL

Con frialdad.

¿Y qué? ¿Se van a mimar, riéndose, a los cinco minutos de haber reñido?... Alguna importancia le han de dar a la riña.

JAVIER

Pero, si lo importante no es la riña, Isabel. Lo importante es su causa.

ISABEL

Observándole.

¿Sí? ¿Y cuál es su causa?

JAVIER

¡Ah! Usted, ¿no la sabe?

ISABEL

Y usted, ¿sí?

JAVIER

Imperturbable.

Yo, sí, porque conozco a Rodrigo, porque soy su confidente, porque estoy harto de combatir sus celos.

ISABEL

Y, ahora, supone usted...

JAVIER

Pero, ¿qué quiere que suponga?... Y no me hiera con los ojos, Isabel. Hablo así porque mi amistad con su hijo me autoriza a ser franco. Esta mañana, ¿no le regañé fraternalmente porque le vi celoso?

ISABEL

¡Bah!

JAVIER

¡Celoso, celoso! Le regañé por celoso, y le volvería a regañar si su actitud en estos momentos no me inspirase lástima... y terror.

ISABEL

Con lentitud.

¿Y por qué se aterra usted?

JAVIER

Con noble exaltación.

¡Por cariño, señora! ¡Porque Rodrigo es un hermano para mí! ¿Existe una enfermedad más espantosa que la de los celos? ¿Hay algo tan peligroso como tomar las quimeras por realidades, y escuchar lo que no se habla, y ver lo que no tiene cuerpo?

ISABEL

Reconcentradamente.

Sí, es peligroso.

JAVIER

Tan peligroso, que puede originar una catástrofe. Defienda a su hijo, Isabel.

ISABEL

Defendiéndole estoy.

JAVIER

Y disculpe mi sinceridad. Comprenda usted...

ISABEL

Todo, lo comprendo todo. Y suba a ver a Marta.

DON MACEDONIO

Ven conmigo.

En cuanto desaparecen por la escalera, OROSIA, que se ha apoderado de la americana gris de Javier, entra por el fondo.

OROSIA

Bajando la voz.

Creí que no se marchaba.

ISABEL

Con alegría.

¡Te la ha entregado!

OROSIA

¿No se lo dije?

Isabel saca del bolsillo un pedacito de paño gris, y comprueba que es de la americana, que tiene un gran desgarrón.

ISABEL

Descompuesta.

¡Llama al señorito Agustín! ¡Que venga inmediatamente! Y tú no te separes de Rodrigo.

OROSIA

Junto a él estaré.

Sale por la izquierda.

ISABEL

Frente a la escalera, con la voz reconcentrada y el ademán y el gesto amenazadores.

¡Conque mi hijo oye lo que no se habla y ve lo que no existe, traidor!... Ten miedo... ¡porque debes tener miedo!

Entra por la izquierda DON AGUSTÍN.

DON AGUSTIN

Con reprimida violencia.

¿Para qué me has llamado? Todavía no puedo decirte lo que exigiré de ti. Hay gente en la casa y no quiero separarme de Rodrigo. Después te oiré... ¡y me oirás!

ISABEL

Deteniéndole.

¡Después, me despedazarás si se te antoja; pero, ahora, tienes que escucharme! ¡Sé quién es, Agustín! ¡No me había engañado mi corazón! ¡Es Javier!

DON AGUSTÍN

Con asombro.

¿Javier? *Enérgico.* ¡No, no! ¡Imposible!

ISABEL

¿Imposible? ¿Por qué se ha cambiado de ropa? Antes, ¿no vino con ésta? *La americana gris.* ¿Y la traía desgarrada? *Sacando el pedacito de paño y poniéndolo sobre el desgarrón.* ¿Y no es de aquí este paño?... ¡Pues lo he arrancado de una

astilla en el cenador, y he cogido la americana para que, si no me crees a mi, creas lo que ese rasgón denuncia! Y ya no te molesto más.

Callan unos segundos.

DON AGUSTÍN

Con gravedad.

Voy a hacerte un ruego, para que Rodrigo no sea víctima de tu carácter: que no intervengas en este asunto, que me dejes proceder con absoluta libertad.

ISABEL

¿Y puedo yo oponerme a lo que decidas?

DON AGUSTÍN

Con dureza.

¿No te has opuesto?

ISABEL

Con humildad.

Esta mañana, con la pena, la ira, la indignación y el asombro, perdí el juicio, Agustín.

DON MACEDONIO

Dentro.

Cuidate, pequeña.

DON AGUSTÍN

Con precipitación.

Dame. Guarda en el aparador la americana.

DON MACEDONIO

Desde el último peldaño.

¿Querrán ustedes creer que me conoce ya nuestro chiquitín y que me ha obligado a darle un paseo?

ISABEL

¡Ah! ¿No ha estado usted con Marta?

JAVIER

Empujando al «palmipedo» para que no conteste y entrando detrás de él.

¡Pues no había de estar! Y hasta ha conseguido que se sonría, lo cual demuestra que, por esta vez, no se nos morirá de desesperación.

DON MACEDONIO

¿Vamos?... Que yo suspendí mi partida de tresillo, Javier.

DON AGUSTÍN

Pues márchese, que en seguida irá. Tengo que hacerle unas recomendaciones.

DON MACEDONIO

En el casino aguardo.

Sale por la izquierda.

JAVIER

Alarmado en en el fondo, aunque aparenta una indiferente serenidad.

Vengan esas recomendaciones, don Agustín.

DON AGUSTÍN

Tú te has enamorado de la Medicina, Javier.

JAVIER

¡Pchs!

DON AGUSTÍN

Incisivamente.

No lo dudes. Te has enamorado. Y lo aseguro, porque, ya que estudiaste la carrera sólo por heredar a tu tío, después de coger su montón de miles de duros la habrías abandonado, si no te entusiasmara.

JAVIER

Con un desconcierto visible.

Algo hay de eso; pero, la verdad, a usted...

DON AGUSTÍN

¿Quiéres decir que a mí ese entusiasmo no debe importarme?... Pues me importa. Y de tal manera me importa, que te voy a dar un consejo: vete. Cuando hay talento y gusta una profesión, no se vive en un pueblucho. Vete. Tú, en Cuba, el Perú o la Argentina, honrarás a nuestro país.

JAVIER

Un poco repuesto.

Es que yo no soy ambicioso y vivo aquí muy bien.

DON AGUSTÍN

Con sequedad.

Te equivocas. Eres ambicioso y aquí... aquí no vives bien. *Torvamente.* Aquí perderías la salud.

JAVIER

Inquieto.

Habla usted de un modo...

DON AGUSTÍN

Hablo con seguridad. Estoy seguro de que te ronda un peligro, y te recomiendo que huyas.

JAVIER

Confuso.

Pero...

DON AGUSTÍN

¿Me habré engañado tomándote por un hombre de inteligencia?

JAVIER

Con resolucion.

Quizás. Porque yo, si usted me lo permite

le afirmaré que no puedo estar aquí en peligro, por la sencilla razón de que mi conducta es intachable.

DON AGUSTÍN

Con una frialdad amenazadora.

¿Y no te irás?

JAVIER

Jugando con valentia su última carta.

Don Agustín, soy enemigo de reticencias y de obscuridades. ¿Qué le han dicho de mí? Si le han dicho algo que le moleste o que le hiera, no se lo calle usted. ¡Tengo derecho a saberlo! ¡Quiero saberlo, para arrancar la lengua que me haya calumniado!

ISABEL

Agresivamente y enseñándole el desgarrón de la americana.

¡Arráncale la lengua a esta bocal

JAVIER

Retrocediendo, aplanado por la sorpresa,

Pero...

ISABEL

¡Niega lo que nos ha contado esta boca! ¡Desmiéntela!

JAVIER

Con angustia.

Pero, ese desgarrón, ¿qué les puede probar?

ISABEL

¡Nos puede probar que estuviste en el cenador! ¡Porque este pedazo, que es de tu americana, lo encontré yo en una astilla!

JAVIER

Rindiéndose, empavorecido, después de unos segundos de silencio.

Haré lo que ustedes manden. *A don Agustín.*
Ordene usted.

DON AGUSTÍN

Hasta que te marches, vas a ser mudo.

JAVIER

Interrumpiéndole.

Y luego. Yo no he delinquido por maldad, sino por pasión. ¿Qué plazo me da usted para que me vaya? ¿Cuento con tres días?

DON AGUSTÍN

Ni uno más.

JAVIER

No pediré ni uno más.

Sale por la izquierda.

DON AGUSTÍN

Y ahora nos toca a nosotros. ¿Has recobrado la razón? ¿No volverás a gritarle a Rodrigo que asesine a su mujer?

ISABEL

He recobrado la razón.

DON AGUSTÍN

Entonces, como trato de hacer por mi nieto lo que hice por mi hijo, supongo que me ayudarás.

ISABEL

Te obedeceré.

DON AGUSTÍN

Defiende a Marta.

ISABEL

Sublevándose.

¡Yo!

DON AGUSTÍN

Desdeñoso.

Tú, Isabel.

ISABEL

Pero, ¿tiene defensa?

DON AGUSTÍN

Para mí, podría no tener defensa. *Recalcando.*
Para ti, la debe tener. ¿Conformes?

ISABEL

¿Siendo la mujer de mi hijo?

DON AGUSTÍN

Con ira.

Pero, es que tú, cuando me engañaste, ¿no eras mi mujer? *Conteniendo la indignación.* ¡Defiende a Marta!

ISABEL

Anhelante.

¡Yo no me parezco a Marta! ¡Yo no fui tan miserablemente hipócrita! ¡Yo no te deshonré!

DON AGUSTÍN

Sañudo.

No. Te faltó tiempo.

ISABEL

¡Para huír, sí; mas para manchar tu casa, no! ¡Y bien sabes que no la manché, Agustín!

DON AGUSTÍN

Con ironía.

¿No la manchaste con el engaño?... Es posible. ¡Te disculpaban tan completamente mis defectos! Yo era un amo orgulloso que la corría con mis compadres; que te humillaba sostenien-

do a mujerzuelas; que, con mi abandono, te hacía sufrir el martirio de la soledad. Y tú eras una criatura maravillosa, que me atendía en mis enfermedades y que me servía siempre como una criada fiel. Sí, te disculpaban mis defectos. *Incisivamente*. Como disculpan a Marta los de Rodrigo, que es igual que yo.

ISABEL

¡Ah, no! Es igual que tú; pero...

DON AGUSTIN

¿Qué? Si es igual que yo, ¿no le juzgará Marta como tú me juzgabas y verá en él un amo orgulloso?

ISABEL

¿Porque le prohíbe lo que no es digno?

DON AGUSTIN

¿Y no pensará, como tú pensabas de mí, que la abandona odiosamente?

ISABEL

¿Porque no se ha dejado esclavizar por ella?

DON AGUSTIN

¿Y no supondrá, como suponías tú para condenarme, que es egoista, arisco y soberbio?

ISABEL

¿Porque tiene voluntad, porque no adula y porque pone la honra por encima de todo?

DON AGUSTIN

Con amargura.

Pero eso no lo comprenderá Marta, como no lo comprendiste tú. Tú, que, cegada por la pasión maternal, ves en el hijo los defectos del padre y te parecen perfecciones.

ISABEL

Con aguda emoción.

Porque el despecho no me dejó estimar al padre. Fui injusta.

DON AGUSTIN

Implacablemente.

Como Marta ha sido injusta con su marido.

Por eso, él, que no es inferior a mí, procederá con ella como contigo procedí yo. Ayúdame, pues, no a conseguir que la perdone, sino a conseguir que la tolere.

ISABEL

Voy por Rodrigo.

Sale por la izquierda y vuelve con RODRIGO inmediatamente.

RODRIGO

Procurando vencer su abatimiento:

Qué, ¿soy ya un hombre equilibrado con el que se puede discutir?

DON AGUSTIN

Con tristeza.

Siéntate, hijo mio. Y vamos a ver si tienes ya la moderación precisa para que discutamos con fruto.

RODRIGO

Es que, por muy grande que sea mi moderación, no llegarás a convencerme.

DON AGUSTIN

¿Por qué?

RODRIGO

Entre otras razones, porque soy tu hijo. Si me hubiese educado un hombre inmoral, un cobarde sin pundonor, transigiría. Pero me has educado tú.

DON AGUSTIN

Afectuosamente.

Escúchame.

RODRIGO

Con tesón.

¿Para qué, si no torcerás mi voluntad?

ISABEL

Pero, escucha.

RODRIGO

¡Si todos sus esfuerzos serán vanos!

DON AGUSTIN

Quizás no lo sean. Atiende. Un día se presentó en casa de un amigo mío—mi mejor amigo—hombre imperfecto, como todos los hombres, pero honrado y leal, un compañero de la infancia que había vivido diez años fuera de nuestro país. Creyó mi amigo que le visitaba el compañero para celebrar con él la conquista de la riqueza—porque volvió con unos millones—para pagarle una cantidad y para apretarle muchas veces entre sus brazos, y no le cabía en el pecho la satisfacción, cuando supo, casualmente, que el compañero le visitaba para algo más: para fugarse con su mujer. ¿Y te figuras lo que hizo mi amigo?

RODRIGO

Me lo figuro, puesto que me lo preguntas en estos momentos. ¿No les mató? ¿Fué tan pobre diablo que no les mató?

ISABEL

Trémula.

No, no les mató. Fué tan bueno que no les mató.

RODRIGO

Irónico.

Vamos, sí, comprendido: perdonaría. Un elocuente sermón, con cien lugares comunes piadosos, y a perdonar. *Acedamente.* No me agrada el modelo.

ISABEL

No. Tampoco perdonó. Pero, era padre, y recordó que los hijos tienen derecho al caudal de la honra, y decidió no robar a su hijo.

RODRIGO

Incrédulo.

¿Sin perdonar? ¿Cómo?

ISABEL

Obligando a la mujer a rectificar su conducta, y abrazando al compañero como si ignorase la traición, cuando se iba, despedido por su cómplice.

RODRIGO

¿Y ni siquiera echó a la mujer?

ISABEL

Y echándola, ¿no habría deshonrado al hijo?

DON AGUSTIN

Yo, hubiera procedido así. *Rodrigo hace un gesto desdeñoso.* Tú, ¿no?

RODRIGO

Con firmeza.

¡Yo no procederé así!

DON AGUSTIN

¿No merece un hijo que nos sacrifiquemos por su felicidad?

RODRIGO

Con acritud.

Pero, ¿es que se consigue de tal modo? ¿Es que tu amigo no se equivocó? *Con energía.* ¡Ese caudal de la honra, mejor que ocultando lo que es posible descubrir, se conserva castigando!

DON AGUSTIN

Y la primera víctima del castigo, ¿no es el hijo inocente?

RODRIGO

Abrumado.

No sé. Es probable. Será cierto, cuando lo aseguras tú. Ahora no estoy para reflexionar. Pero, aunque sea cierto, ¡es mucho lo que me pedís! Que cierre los ojos, que no averigüe quién es mi enemigo, que me resigne a sospechar de cuantos me rodean, que renuncie a la venganza... ¡y, además, como si fuera poco, que viva con esa miserable, que la vea y la oiga diariamente, que le permita manchar con sus besos los labios de mi hijo!... ¡No! ¡Es muy grande lo que exigis de mí! ¡Es muy superior a mis fuerzas! ¡No me resigno!

DON AGUSTIN

¿Te parezco yo un hombre de honor?

RODRIGO

¡Padre!

DON AGUSTIN

Pues yo me resignaría.

RODRIGO

¡No, no te creol

DON AGUSTIN

Firmemente.

¡Yo me resignaría por ti, Rodrigo!

RODRIGO

¡Porque vales más que yo! ¡Porque no eres, como yo, un salvaje con ascuas en el pensamiento! Pero cada uno es como Dios le ha criado, y yo me envaneceré de seguir siendo como soy. Lo único que conseguirás de mí, es lo que ya has conseguido: que le ponga un freno a mis nervios, que no me precipite, que obre con moderación para evitar el escándalo.

DON AGUSTIN

Y buscando a ese hombre para acabar con él, ¿te figuras que obrarías con moderación?

RODRIGO

Con fiereza.

Sí, porque le mataría... ¡Qué le mataría: le mataré! ¡Sí, porque le mataré sin escandalizar! Prudentemente, hipócritamente, utilizando un pretexto decoroso y hasta pasando por la comedia del desafío, si me la impones tú. ¡Pero le mataré, padre!

DON AGUSTIN

Reconviniéndole con dulzura.

Habíamos quedado en que ya no te arrebatarias.

RODRIGO

Apasionadamente.

¡Pero hay que ser un trozo de hielo para no arrebatarse, y yo no lo soy! ¿Cómo he de hacer lo que me ordenas? Alejarme de aquí, renunciar a la venganza, callar... ¡No! ¡Mientras el corazón no se me pare en el pecho y mientras no sea mi boca el ataud de mi lengua, hasta soñando pensaré en vengarme y gritaré con desesperación!

ISABEL

Soltizando.

¡No le puedo oír!... ¡Hijo de mi alma, hijo mío de mi alma!

RODRIGO

Pero, en vez de combatirme, ¿por qué no os ponéis a mi favor? ¿Por qué no me ayudáis?... Subiremos los tres, la interrogaré delante de vosotros, y, si me dice el nombre, su vida será sagrada para mí. ¡Os lo juro! Y os juro que a su... señor, le daré la mano, y le sonreiré, y le trataré afectuosamente, hasta que, sin que padezca mi hijito, le pueda ejecutar.

DON AGUSTIN

No. Es pronto para que hables con ella.

RODRIGO

Pero, ¿no te he jurado que será sagrada para mí?

DON AGUSTIN

No. Es pronto. Aún no has reflexionado y necesitas reflexionar.

RODRIGO

Con despecho.

¿No te fías de mí, padre? ¿Te doy mi palabra de honor?

DON AGUSTÍN

No, no me fío. Te quiero demasiado.

RODRIGO

Sarcásticamente.

Haces bien. ¿Hay quien se fie de la palabra de honor de un sujeto que no tiene honor?

DON AGUSTÍN

Con la voz mojada en lágrimas.

No merezco que me martirices así, Rodrigo.

ISABEL

Enjugándose los ojos y hablando con entereza.

Vete, Agustín. Te lo ruego. Déjame sola con Rodrigo.

DON AGUSTÍN

¿Para que te martirice también?

RODRIGO

¡Soy yo el que más padece, padre!

ISABEL

Déjanos, Agustín.

Sale don Agustín por la izquierda.

RODRIGO

¡Soy yo el que se muere de angustia!

ISABEL

Con dolorosa perplejidad.

No sé, no sé cómo empezar... ¡Y no hay otro remedio!

RODRIGO

Con punzante ironía.

¿Remedios para mi enfermedad?

ISABEL

Con resolución.

Dime, hijo mío: ¿soy yo una buena madre?
¿He sido una buena madre para ti?

RODRIGO

¿Quién lo ha dudado?

ISABEL

Pues imagínate que yo, que como madre he sido buena, no hubiera sido tan buena como mujer.

RODRIGO

Pero, ¿de qué modo voy a imaginarme esa monstruosidad sin tener corrompida la imaginación?

ISABEL

¡Así le contestaría tu hijo a su madre si ella le preguntase alguna vez lo que yo te he preguntado!

RODRIGO

¿Qué me quieres decir? ¿Puede haber alguna relación entre Marta y tú?... Acaso, Marta, ¿no es una perdida?

ISABEL

Para su hijo no lo será, de igual manera que yo, aunque lo hubiera sido, no lo sería para ti. Y su hijo tiene derecho a que no se la quiten.

RODRIGO

Con acritud.

Pero, mamá, con tales ideas la vida sería muy fácil para las mujeres sin honradez. «He traicionado a mi marido, he manchado su hogar... Pero, ¿qué importa, si no he de ser castigada porque mis hijos me necesitan?» ¡Ah, no, no! ¡Sería muy cómodo! ¡Que piensen en los hijos, y que, siquiera por amor a ellos, cumplan con su deber!

ISABEL

Y si la madre no cumple con su deber, ¿puede el padre consentir que su pecado caiga so-

bre los hijos?... ¿Debe completar la obra de la maldad o de la flaqueza? *Con decisión, después de una pausa.* Si hubiese opinado tu padre como tú, ¡qué habría sido de ti!

RODRIGO

Retrocediendo, espantado.

¡Pero, entonces, tú!... *Con desesperada angustia.* ¡Dí que no, madre! *Intentando sacar un arma.* ¡Dí que eso no es verdad, o me mato!

ISABEL

Ardorosamente.

¡Es que yo no caí, Rodrigo! ¡Es que yo no pe-
qué más que con el pensamiento!... De otro
modo, ¿hubiese podido hablar?

RODRIGO

Enronquecido por la emoción.

¡Perdón, madre!

ISABEL

¡Tal vez lo hubiera intentado; pero cada pala-
bra habría salido de mi boca como un chorro de

sangre y me hubiese muerto! ¿Es que se puede soportar el desprecio de un hijo, la mirada acusadora de un hijo que se avergüenza de nuestras acciones?... ¡No! ¡He hablado porque sólo pequé con el pensamiento! Pero yo busqué la felicidad, ignorando que la felicidad consistè en sacrificarse para que no sean muy desgraciados los que nos rodean, y, buscándola, si no caí, estuve a punto de caer.

RODRIGO

¡Perdón por haber pensado mal! ¡Perdón, madre!

ISABEL

Pero, ¿no has oído que estuve a punto de caer?... Aquel hombre—el compañero de la infancia a quien tu padre se refirió—había sido mi primer novio, y, cuando me casé, obligada, emigró por mí, y trabajó por mí, y se enriqueció por mí, y, para que su cariño y su caudal fuesen míos, decidió que le siguiera. Y tu padre, que descubrió el proyecto, no me mató porque no te quiso dejar sin madre, y no mató al falso amigo porque no te quiso dejar sin honra. *Arrodillándose y hablando entre sollozos con una desgarradora emoción.* ¡De rodillas te ruego que hagas por tu hijo lo que tu padre hizo por ti!

RODRIGO

Intentando levantarla.

¿Tú de rodillas, madre de mi alma?

ISABEL

Resistiéndose.

¡De rodillas te pido que hagas por tu mujer lo que por mí hizo tu padre!

RODRIGO

Levantándola y besándola frenéticamente.

¡Pero no me rompas el corazón comparando su pecado con tu falta!... ¡Dispón de mí! ¡Haré lo que mandes!

ISABEL

Llorando.

¡Qué dolor! ¡Qué castigo tan enorme! ¡Qué horrible vergüenza!

RODRIGO

Acariciándola.

¡Madre, madre de mi alma!

ISABEL

Tú, que me has creído siempre la misma santidad...

RODRIGO

Y esto que has hecho, ¿quien que no fuera santa lo haría? No llores. ¡Si te adoro más que nunca y te respeto más que nunca! ¿Qué quieres? ¿Quieres que te autorice para tratar con esa mujer? Trata con ella. ¿Quieres que contente a papá marchándome al campo unos días? Pues ahora mismo. Y no me iré solo, sino con Paciano, para que estés tranquila.

ISABEL

¿No habré hecho mal, Rodrigo?

RODRIGO

¿Enseñándome las espinas de tu corazón? No, madre. No has hecho mal. Yo las arrancaré.

ISABEL

Observándole atentamente.

¿Y te irás resignado, sin que te pese vivir?

RODRIGO

Dándole el revólver.

Toma. Seré digno de vosotros. *Llamando.*
Papá.

*Sale por la izquierda y vuelve en seguida con
DON AGUSTIN. Isabel se guarda el revólver en
el bolsillo.*

ISABEL

Te obedece, Agustín.

RODRIGO

Me marcho... porque estoy seguro de que tu
amigo tenía razón y quiero parecerme a él.

DON AGUSTÍN

*Hondamente emocionado, después de clavar
los ojos en su mujer.*

¿Y te vas ahora?

RODRIGO

Ahora.

DON AGUSTÍN

¿Y con Paciano?

RODRIGO

Con Paciano... y para no volver hasta que me llames.

Don Agustín le abraza en silencio y sale por la derecha.

DON AGUSTÍN

Dentro.

¡Paciano!

ISABEL

Exteriorizando ingenuamente su preocupación.

No salgas a cazar estos días...

RODRIGO

Comprendiendo lo que teme.

Ni llevaré escopeta, madre.

Entran por la derecha DON AGUSTIN y PACIANO.

DON AGUSTÍN

¿Ensillaste las jacas?

PACIANO

Sí, señor.

DON AGUSTÍN

Pues sácalas al jardín. Se irán ustedes por la calleja.

Sale Paciano por el fondo.

RODRIGO

Abrazando a Isabel.

Madre, madre, madre... ¡Qué pocas madres hay como tú!

DON AGUSTÍN

Viendo que Isabel rompe a llorar.

Vamos, Rodrigo.

Salen don Agustín y Rodrigo por el fondo.

ISABEL

*Desde la izquierda.*Orosia... Orosia... *Alzando la voz.* ¡Orosia!*Entra OROSIA, restregándose los ojos*

OROSIA

Extendiendo la mano hacia la puerta del fondo.

¿Cierro?

ISABEL

Yo cerraré.

OROSIA

Refiriéndose a Rodrigo.

¿Se ha ido?

ISABEL

¡Por fin!

OROSIA

¡Gracias a Dios!

ISABEL

Llámalas ahora. Dile que la espero. Y tú, acuéstate.

Entra DON AGUSTIN por el fondo.

OROSIA

Cohibida ante el amo.

Que tengan ustedes buenas noches.

Se va por la escalera.

DON AGUSTÍN

Después de un momento de perplejidad.

¿Me quieres decir cómo le has convencido?

ISABEL

Sencillamente.

Con la verdad.

DON AGUSTÍN

Asombrado.

¿Con qué verdad? No le habrás confesado...

ISABEL

¿No me pediste que te ayudara?

DON AGUSTIN

Trémulo.

Pero yo no te pedí que me ayudaras de ese modo. Yo no hubiese cometido tamaña crueldad.

ISABEL

Lo sé Agustín. Pero no había otro modo.

DON AGUSTÍN

Después de una pausa.

Eres una buena madre.

ISABEL

Con la voz entrecortada.

No he pensado en mi hijo únicamente.

DON AGUSTÍN

Con varonil emoción.

Eres una buena mujer.

Isabel se arroja, llorando, sobre el pecho de su marido, y en tal instante aparece en la escalera MARTA, que hace un movimiento de huida al oír los sollozos.

ISABEL

Separándose de su marido al verla.

No, no te vayas. A don Agustín. La he llamado yo.

DON AGUSTIN

Gracias, Isabel.

Sale por la izquierda.

ISABEL

Notando que Marta mira hacia el jardín recelosamente.

No tengas miedo. Rodrigo ya no está aquí.

MARTA

Con una indignación que deja estupefacta a Isabel.

¿Y no es natural que tenga miedo? ¿No ha querido matarme?... ¡Porque no pretendía que yo hablara, sino matarme como un criminal!

ISABEL

Con tanta sorpresa como ira.

¿Como un criminal? ¿Y no le has dado motivos para que te quite cien vidas que tuvieras?

MARTA

¿Y es suya mi vida? ¿Hay quien tenga derecho a asesinar?... Ya, ya sé que usted cree que sí, como su hijo... Ya la oí gritarle que me matara... ¡A mí, que no he sido su enemiga, que la he respetado!...

ISABEL

Con iracundo asombro

¿Que no has sido mi enemiga? ¿Puede no ser mi enemiga la que engaña a mi hijo?

MARTA

Agresiva y desdeñosa.

¿Otra vez? ¡Pruebe que le he engañado! ¡Que alguien lo pruebe!... El mismo Rodrigo, ¿a quién vió junto a mí?... ¡Pues entonces, no me acuse usted, señora, y oculte su odio, como lo ha ocultado hasta hoy!

ISABEL

Temblando de cólera.

¡Todavía no he conseguido adivinar si lo que domina en ti es la maldad, o el cinismo, o la torpeza; pero eres torpe y cínica y mala! ¡Y, porque lo eres, porque te adiviné, he tenido que odiarte! ¿Qué te empujó al matrimonio sino la vanidad?

MARTA

Malignamente.

¿A qué le llama usted vanidad? ¿A ponerse unos trapos para no ir como una criada y a no consentir que la sepulten a una en vida?... Porque si a eso le llame usted vanidad, soy vanidosa. ¿Es que iba a casarme para vestir como una jornalera y para servir a mi marido encerrada

entre cuatro paredes?... ¡Por Dios! Y no olvide usted que, por ser yo pobre y él millonario, jamás le miré a la cara. ¡Y no me tire de la lengua, porque, si hablamos de engaños, le diré que aquí la primera engañada he sido yo!

ISABEL

Con verdadera estupefacción.

¡Me asombras!

MARTA

¡Ah! ¿Exagero? ¿No vine aquí para ser la primera, para ser el ama?... ¿Y fui la primera alguna vez? ¡Dígame! Y a usted, ¿se le ha ocurrido elogiarme en alguna ocasión? ¿Y he tenido yo aquí alguna influencia? ¿No organicé unas reuniones y las deshizo usted, soltándome que mis amigas no eran decentes?... ¡Pues, sólo por ser mis amigas, debían haberle parecido decentes! ¡Pero cómo le iba a agradar nada que se relacionase conmigo, si usted misma confiesa que me ha odiado!

ISABEL

Y odiándote—¡mira tú a lo que obligan las circunstancias!—te voy a salvar.

MARTA

Con recelo.

¿Usted?

ISABEL

Yo te voy a salvar. Mejor dicho: ya te he salvado.

MARTA

Incrédula.

¿Cómo? ¿Es que Rodrigo no volverá?

ISABEL

Con desprecio.

Y así, ¿te salvarías? La salvación, ¿consiste en vivir nada más? Vivir miserablemente, ¿es vivir? *Conteniéndose.* No, Marta, no. Volverá Rodrigo, y seguirás con nosotros, y él, delante de la gente, te tratará como a una mujer honesta.

MARTA

Después de una pausa.

¿Y detrás de la gente?

ISABEL

Pero, ¿crees que te debe perdonar?

MARTA

Y si no me perdonara, ¿qué conseguiría yo? *Con ironía.* Delante de la gente, haríamos una comedia, la comedia del hogar feliz, a beneficio de ustedes, para que no mortificase el escándalo; y, detrás, a solas, caerían ustedes sobre mí... *Con firmeza.* No. Tengo veintitrés años. Soy muy joven para consentir que me encierren en un infierno.

ISABEL

Con desconcierto y cólera.

¡En un infierno que es obra tuya!

MARTA

Agresiva.

¡Y de ustedes! ¡No, no! ¡Tengo veintitrés años! ¡Todavía no he cumplido los veintitrés años!

ISABEL

Pero, ¿no comprendes las cosas? ¿No te das cuenta de tu situación?... ¡Tu situación no te permite elegir! ¡Has de obedecer!

MARTA

Sin mirarla, reprimiendo su furia y con una tozudez invencible.

A mi edad... ¡hundirse en un infierno!

ISABEL

Exaltándose.

Pero, conservar la honra, ¿es para ti hundirse en un infierno? ¿Te parecería mejor que te matasen, a tu edad, por mala mujer? ¿Te parecería mejor que, a tu edad, te tirasen al arroyo por indigna? Y, por mucha podre que tengas en el corazón, ¿podrías vivir alegremente habiendo deshonrado a tu hijo?

MARTA

Sarcásticamente.

¡Vamos, ya se clareó la señora! ¡Mi hijo! ¡Lo hacen todo por mi hijo!

ISABEL

Pues ¿por quién lo íbamos a hacer?

MARTA

Es decir, que si yo no tuviera un hijo, estaría ya asesinada o en la calle, y que, sólo por mi hijo, me permitiréis continuar aquí... ¡Pero no continuaré! ¡No soy tan bobal... ¿Yo entre ustedes? ¡No me atrevería a comer, ni a hablar, ni a reirme, ni a cambiar de peinado!... ¿Y qué sería de mí si el niño enfermase, ya que, porque él vive, no me matan ni me echan?... ¡Ah! ¡No, no! ¡No seguiré!

ISABEL

Casi espantada.

¿Eres tú la que hablas así? ¿Toda esa perversidad tenías escondida?

MARTA

Y ustedes, que a todo trance buscan su conveniencia, ¿son buenos?... ¡Pero no me convenrán! Y, como no sirvo para hacer farsas, háganla ustedes sin mí, porque me voy.

ISABEL

Con una calma amenazadora.

Tú no has reflexionado.

MARTA

Cogiendo un cabás que dejó en la escalera.

Me voy con lo mío, con lo que traje.

ISABEL

Impidiéndola avanzar hacia el fondo.

¡No te irás! ¡No puedo creer que seas tan infame!

MARTA

Revolviéndose con una valentía insospechada.

¡Infames los que me martirizarían aquí!

ISABEL

Cogiéndola por un brazo.

¡No querrás desesperarnos a todos!

MARTA

Procurando zafarse.

¡No quiero morirme todavía!

ISABEL

¡No querrás matar a mi hijo!

MARTA

¡Él sí que ha querido asesinarme!

ISABEL

¡No querrás deshonorar al tuyo!

MARTA

Con una ira frenética.

¡Suélteme! ¡No me asustará usted! ¡Usted no me conoce!

ISABEL

Enloquecida.

¡Sí, te conozco! ¡Eres la perversión hipócrita, el egoísmo negro, la maldad ciega!

MARTA

¡Suélteme!

La derriba de un furioso empujón y corre hacia la puerta del fondo.

ISABEL

Incorporándose y gritando con angustia.

¡Agustín! ¡Agustín!...

MARTA

En un alarido.

¡Javier!

JAVIER, que acechaba en el jardín, se precipita en la habitación.

ISABEL

Sacando el revólver de Rodrigo.

¡No nos robarás, ladrona!

Dispara sobre Marta, que cae sin vida, y DON AGUSTIN, que entra por la izquierda, se arroja sobre Javier.

DON AGUSTÍN

Manejándole como a una pluma y consiguiendo inmovilizarlo.

¡Cobarde, canalla, cobarde!

ISABEL

Con una excitación terrible.

¡Esa ladrona!... ¡Esa ladrona!... ¡Se escapaba esa ladrona!

DON AGUSTIN

Al médico, después de quitarle el revólver a Isabel y de tirarlo junto a la muerta.

Se ha suicidado, ¿verdad? Javier, dominado por completo, asiente. ¡Salga! ¡Luego podrá certificarlo!

Javier huye tembloroso, y don Agustín levanta a su mujer, que busca entre sus brazos un refugio.

ISABEL

Con una desesperación infinita.

¡Agustín, Agustín... sostenme tú ahora! ¡No me abandones!... ¡No me dejes pensar!

FIN DEL DRAMA



EDITORIAL GALATEA

Gran Vía, 16.--MADRID.--Tel. 46-81